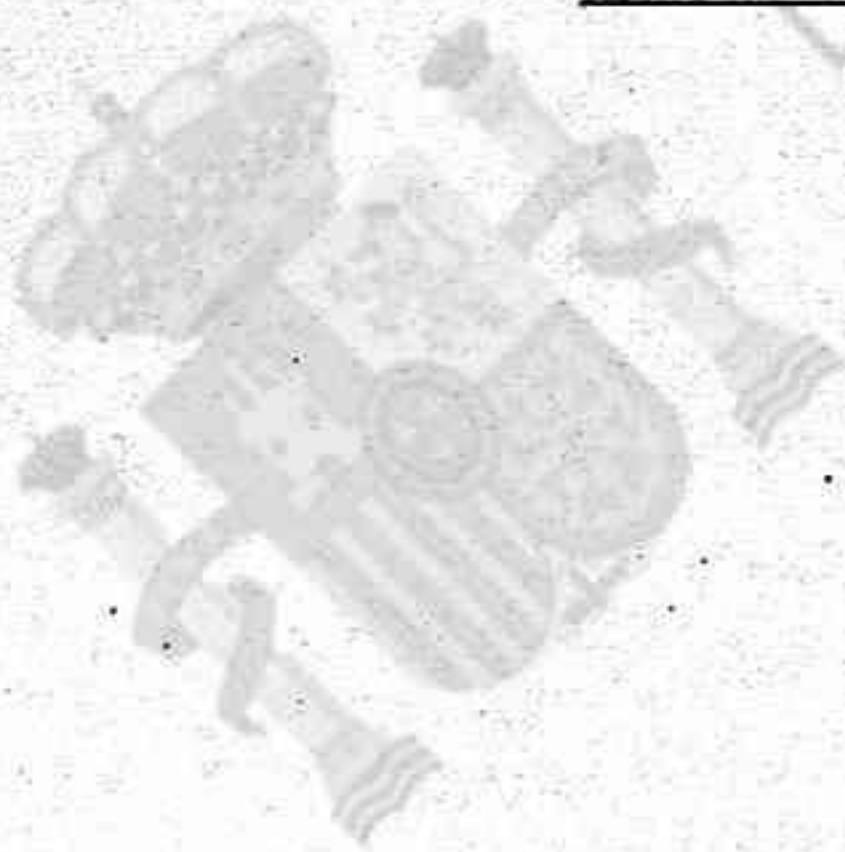


MINISTERIO DE CULTURA

ATENEIO BARCELONÉS.



MINISTERIO
DE CULTURA



ACTA

DE LA

SESION PÚBLICA CELEBRADA

EN EL

ATENEO BARCELONÉS

el día 30 de Noviembre de 1872.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE NARCISO RAMIREZ Y C.^a,
pasaje de Escudillers, número 4.

1873.

ACDA

MINISTERIO
DE CULTURA



PRESIDENCIA

DE

D. MANUEL DURAN Y BAS.

En la Ciudad de Barcelona á los 30 dias del mes de Noviembre de 1872, reunidos los s3cios del ATENEO BARCELONÉS en el salon de cátedras, con asistencia de una comision del Excmo. Ayuntamiento, del Ilmo. Sr. Vice-rector de la Universidad, y con la de comisiones de varias de las corporaciones existentes en la misma capital, declaró el Sr. Presidente abierta la sesion.

Concedida la palabra al Secretario general D. Cayetano Vidal y Valenciano, leyó la siguiente:

MINISTERIO
DE CULTURA



RESEÑA.

Señores:

El local donde se celebra la ceremonia que nos tiene aquí congregados, y la circunstancia de ser yo quien tiene en este momento la honra inmerecida de dirigiros la palabra, fueran parte, si mejor no os lo indicaran ya vuestros propios recuerdos, para que comprendierais qué han debido realizarse en el modo de ser del ATENEO sucesos extraordinarios, que imprimen un carácter completamente distinto del que los anteriores tuvieron, al año, ó mejor, al período cuyos hechos venimos hoy á reseñar. Árdua para mí, y para vosotros indudablemente enojosa seria la tarea, si en su exposicion debiese descender á detalles y pormenores que revelaran la vida íntima de nuestra sociedad; lo mismo mientras siguió la trillada senda que sus fundadores le trazaron, que cuando, en fuerza de las circunstancias, y sin apartarse por esto de los fines que presidieron á su creacion, antes bien afirmándose mas en ellos y robusteciéndolos en cierto modo, ha dado gustosa un nuevo paso, para llegar al tér-

mino que vislumbraban en lontananza los iniciadores de tan laudable pensamiento, y que en galana frase exponía otro de los que con más fé y entusiasmo consagráronse á su realizacion, al consignar que no era otro su objeto, que «reunir el mayor número posible de los elementos »del bien, que en nuestra sociedad vagan dispersos, para »aunarlos y dirigirlos desinteresadamente hácia un co- »mun aprovechamiento.»

Este doble aspecto, y, más que todo, las consecuencias que del mismo han resultado, son motivo poderosísimo, —sin contar que en ello ha influido no poco esa zozobra, ese malestar que en todas partes se respira, —para que la cosecha no haya sido tan pingüe y abundosa como en años precedentes, sin que en ello haya cabido la parte más mínima á la última de las Juntas que tuvo á su cargo la direccion del ATENEO CATALAN. Por lo mismo que de ella no formé parte, me juzgo autorizado para rendirle desde este sitio el tributo de aprecio y gratitud de que para con los sócios se hicieron dignos todos y cada uno de los individuos que la componian, aprecio y gratitud que suben de punto, cuando se ponen mientes en las dificultades que debió vencer para llevar á cabo la fusion á que ántes aludia, sin olvidar un punto los deberes impuestos por el cargo que desempeñaba.

Atenta á los mismos, invitando á aquellos de los sócios, que más dispuestos se hallaban, en concepto de la misma, para imprimir al ATENEO aquella vida y movimiento que vienen siendo desde su fundacion uno de sus timbres más preclaros; desvaneciendo resistencias, hijas casi siempre de injustificada modestia; allanando obstá-

culos que reconocen su origen en esta vida afanada y trabajosa que, siendo rasgo característico de estos nuestros tiempos, sube de grado para los hombres que viven en capitales como esta populosas, y aún se eleva á mayor potencia en los que son en ella figuras de primer término, logró organizar conferencias, abrir discusiones, disponer veladas artísticas de verdadero provecho y grata recreación, por lo mismo que fueron sugeto de ellas asuntos de notoria trascendencia y composiciones de verdadero mérito, aún para los más exigentes en materia de arte.

De verdadera trascendencia he dicho, porque cuando son tales, que en su dilucidación se emplean las eminencias científicas del orbe, y dan lugar á empeñadas luchas, y á concienzudos estudios, y á profundas lucubraciones; y con parecer ajenas á los problemas elevadísimos cuya resolución depende exclusivamente de la ciencia filosófica, con la misma se dan estrechamente la mano, y á ensanchar el campo de su investigación se encaminan, no puede en mi juicio distinguírselas con otro calificativo.

Aún para aquellos de vosotros que por razón de vuestras habituales ocupaciones más alejados permanecéis del trato de las ciencias, no habrá, de seguro, pasado desapercibida esa doble corriente en virtud de la cual, partiendo, unos en apariencia, de un mismo punto, pretenden llegar á distintos términos; al paso que otros, comprendiendo el alcance de tales resultados, y fijo el pensamiento en la pequeñez de la humana naturaleza, trabajan arduamente en demostrar la unidad de origen, la existencia eterna de la causa única, del principio in-

creado, fundamento y esencia de cuanto de Él procede y de Él emana. Deslumbrados aquellos por teorías seduc-toras y dando á la fantasía rienda suelta, lánzanse osa-dos á las ilimitadas llanuras que la imaginacion les crea, sosteniéndose por los unos la decadencia del humano li-naje, decadencia que pretenden evidenciar con las huellas que de su paso por la tierra han quedado en ella im-presas, desde edades remotísimas, al par que defienden otros con la mayor formalidad la teoría del progreso in-finito, siquiera para mejor acreditarlo, deban rebajar al nivel del bruto á sus nobles progenitores, y prescindir de la contradiccion palmaria que de principios tan anti-téticos forzosamente se deriva. Los segundos, puesta la atencion en el espectáculo de la naturaleza, mirando al par á lo pasado y á lo porvenir, trabajan solícitos y afa-nosos en la demostracion de aquella verdad y en mante-ner incólume el arca santa de la tradicion, no importán-doles los esfuerzos que exige la necesidad de proveerse á cada instante de nuevo armamento en el arsenal á que acuden sus mismos adversarios. Las ciencias natu-rales y las ciencias exactas, la filosofía y la historia tra-bajan hoy en semejante propósito con idéntico empeño, y no tengo para qué deciros que no queda rezagada en la contienda esa nueva rama del saber, que, siendo re-cientísima aun, puede ya enorgullecerse de legítimos triunfos, y que, acaso, por la propia razon de contarlos tales y tan preciados, para aquellos que, identificando la nada con el sér, fundan en el transcurso de los tiempos la realizacion de su ideal, constituye la base de sus es-peranzas todas.

Ni he de consignar tampoco, despues de lo que llevo indicado, que esa rama del saber es la ciencia Química, esa ciencia que, ayer nacida, ha logrado penetrar ya en lo mas recóndito de los profundos arcanos que encierra en su seno ese luminar esplendoroso en torno del cual giran los mundos del sistema de que es nuestro planeta una parte insignificante; esa ciencia que ofrece uno de los medios mas poderosos para elevar nuestro espíritu y arraigar nuestra fé, toda vez que con su auxilio puede leer claramente la recta inteligencia en la obra maravillosa salida de las manos del Creador. Esa ciencia, sin embargo, tal cual se hallaba constituida, y dados los fundamentos en que se apoyaba, en cuanto á la materia inorgánica se referia, no podia aplicarse á la resolucion de los problemas á que daba lugar el estudio de los séres orgánicos. Era forzoso, era indispensable imaginar un sistema, idear una teoría, formular un método que así satisficiera á las necesidades que se desprenden de la química orgánica, como á las que de la inorgánica son propias; y este sistema, esta teoría, este método, en fin, en el cual con tanto empeño se viene trabajando desde Dumás, y en cuyo perfeccionamiento y popularizacion tanto se han distinguido Laurent, Gerhard, Wurtz, Bischoff, Hoffman, Brelaz, Canirrano, Oldm y tantos y tantos otros como en las Universidades, Liceos y Academias de Francia, Suiza, Italia, Austria, Prusia é Inglaterra se dedican á la enseñanza de la ciencia química, hállase ya introducido en alguna de nuestras escuelas, merced, entre otros, á los esfuerzos del que con gran claridad y perfeccion lo expuso en este ATENE0, y cuyo nombre me

permiso consignar, aún sabiendo que he de ofender su proverbial modestia: el Sr. D. José Ramon de Luanco.

Incompetente por la naturaleza de mis estudios, para tratar, siquiera de paso, cuestiones como la del sistema unitario en Química, me guardaré muy bien de penetrar en un terreno para mí desconocido, y del cual sé únicamente que es por demás resbaladizo, para quien se empeñe en discurrir por él mismo sin la preparacion necesaria. Afortunadamente tampoco hay para que intentarlo, pues de seguro cuantos le oisteis, conservais fresca en la memoria la claridad y lucidez con que lo expuso, dando fuerza con sus argumentos al principio incontrovertible de la obra debida á la Suprema inteligencia; y no habreis tampoco olvidado el procedimiento ingenioso por medio del cual, despues de haber fijado los caractéres distintivos del átomo y de la molécula, y establecido las leyes de la dinamicidad de aquellos, puso de manifiesto las maravillosas combinaciones que se efectúan con los cuerpos, segun que sean monodínamos, didínamos, tridínamos ó tetradínamos los átomos que los constituyen. Las señales de aprobacion con que frecuentemente se vió interrumpido, y los aplausos que resonaron al termiuar su discreta conferencia, aplausos dictados más bien que por la galantería, por el entusiasmo de cuantos los dispensaban, debieron demostrar al ilustrado profesor que habia logrado apoderarse del ánimo de sus oyentes, por lo mismo que con no ser la materia de aquellas que más interesan por su atractivo, supo comunicárselo tal y consiguió exponerla con tanta claridad, que, aún los ménos

dispuestos, se hicieron cargo de la *teoría unitaria*, hoy en uso para explicar los misterios de la Química.

Pero si algún punto oscuro hubiese quedado en esa exposición de las partes mínimas que componen la materia, desde el ser más imperceptible, hasta esos mundos, al lado de los cuales es la Tierra lo que la gota al conjunto de la masa líquida que constituye la inmensidad de los mares; si alguna duda se hubiese ocurrido al que, oyendo exponer las cuestiones referentes á la materia, se preguntara absorto: ¿Dónde concluye el átomo, dónde comienza la molécula? ¿Qué leyes, qué fuerzas, qué principios son estos en virtud de los cuales la materia permanece en reposo, mientras de él no se la separa, ó sigue hasta la consumación de los siglos el movimiento inicial que se le ha comunicado, en tanto otras fuerzas no la desvíen del mismo? habría de seguro quedado con la luz suficiente, habrían resultado las últimas del todo desvanecidas, en las dos conferencias que otro profesor no ménos ilustrado, el Sr. D. Francisco de Paula Rojas, consagró á la exposición de las llamadas fuerzas abstractas.

Penetrando unas veces en las más profundas cuestiones de las ciencias físico-matemáticas, elevándose otras en alas de su imaginación privilegiada, pero sujeta á la voluntad regida por el juicio, elocuente en ocasiones determinadas, decididor ingeniosísimo en otras, en estas haciendo gala de su gracejo y envidiable facilidad, en aquellas satirizando con finísima ironía á los que sostenían opiniones que se encargaban de desmentir los mismos resultados que al exponerlas estaban obteniendo,

siempre atinado y siempre dueño del auditorio que llevaba á su antojo desde las regiones severas é incontrovertibles de la argumentacion dialéctica, al abigarrado campo de la teoría empírica, fuérame imposible á mí, humildísimo aficionado, seguirle en el análisis que hizo de dichas fuerzas, en la demostracion de las contradicciones á que conducen, con la imposibilidad de que existan en la materia, sin que caiga por su base la ley general de inercia; y en las conclusiones que de aquellos principios se deducen, y que dan por resultado la indestructibilidad del movimiento, la imposibilidad de crearlo, el ser pura y simplemente transformaciones de movimiento los fenómenos físicos y químicos que en el universo se realizan, y el deberse considerar por lo mismo, la creacion del movimiento *ab initio*, como la materia, siendo esta el primer término, y aquel el segundo, de la obra maravillosa de la Creacion.

¿Tengo para qué recordaros, despues de lo que llevo expuesto, la consecuencia capital que de su teoría dedujo respecto de la imposibilidad que existe de explicar por el movimiento un *organismo*? ¿Deberé fijarme en el papel que representa la materia etérea, en la transmision y comunicacion del movimiento de unos á otros cuerpos, y en el modo como definió las fuerzas? Intentándolo solamente, creeria ofender á los que si algun inconveniente encontraron en aquellas conferencias, fué el que suele hallarse en los buenos libros, esto es, que termine su accion por la cual nos interesamos de veras, mucho antes de lo que consiente el deseo.

A llenar, hasta cierto punto, el vacío que las mismas

dejaban, vino la única que dió el Dr. D. Salvador Badía, sobre el calor en el cuerpo humano, los medios que para regularizarlo deben practicarse, y las consecuencias higiénicas que del empleo de los mismos se obtienen. Con gran caudal de doctrina y con copia no menor de observaciones realizadas en los pueblos del Mediodía, del Centro y del Norte de Europa; en las ciudades y en las aldeas, en los hospitales, en los campos de batalla y en todas las épocas del año, despues de extenderse en atinadas consideraciones respecto de la naturaleza del calor animal con las causas que lo producen, pudo establecer los medios de regularizarlo, asignandó la parte que en estos tiene la alimentacion y el vestido, y la que corresponde á ciertos órganos de nuestra economía, todo lo cual justificó por medio de casos especiales y con la explicacion de varios experimentos.

Tales fueron las conferencias que durante los primeros meses de este año se dieron en el ATENEO CATALAN. Distintas en sus fines, hallábanse subordinadas á un mismo principio, si así puede decirse, y enlazadas de tal modo, que la exposicion de las unas hizo mas fácil y asequible la comprension de las otras, y cada una de ellas y todas juntas, descorriendo una parte del velo trás el cual se ocultan los misterios de la materia creada, hizo mas palpables y evidentes las maravillas de la obra debida al *fiat* del Hacedor supremo.

Intermediando con esas conferencias, debatia la seccion de Ciencias morales una cuestion de verdadera importancia, de no escasa oportunidad y que ofrecia campo vastísimo á los mantenedores de todos los sistemas,

así á los que militan en las filas del individualismo filosófico, como á aquellos que todo lo fian á la direccion de la colectividad: á los que, cerrando los ojos á cuanto bueno nos queda de épocas anteriores, solo alabanzas encuentran para lo que á su parecer es hijo de los modernos tiempos, sin tener en cuenta que su procedencia reconoce más añejo abolengo; sin parar mientes en que mal pueden existir los hijos, si ántes en la tierra no les ha precedido el paso de sus padres,—del mismo modo que á aquellos que, deslumbrados por brillantes resplandores que aumentan en intensidad por razon de la distancia, fija la mirada en los bellísimos objetos que los proyectan, no aciertan á distinguir las deformidades que existen á su alrededor, bien como aquel que, enamorado de la luz del sol, pues la encuentra sin par, prescinde ganoso de las manchas que á espacios empañan su refulgente superficie. No tengo para que traeros á la memoria que el tema que daba pié á tan importante discusion hallábase concebido en los siguientes términos: «¿Existe en la época presente desequilibrio entre el progreso material y el progreso moral?—Dado que exista, ¿qué principios, qué instituciones conducirían más directamente á hacerlo desaparecer?» Ni tengo tampoco para que decir los nombres de los que, adversarios decididos, pero siempre corteses, cual cumple á los que, no por proceder de campos opuestos, dejan de estar enlazados por los vínculos del más afectuoso compañerismo, con copia de valiosas razones, con provision de datos, con abundancia de argumentos, haciendo frecuentes excursiones por el campo de la historia, de la geografía y de las artes, y

apoyándose en las condiciones especiales de los pueblos y de las sociedades según los tiempos, demostraron á su modo cómo influyen unas y otros para que en el desarrollo sucesivo de la civilización, se vea constantemente el progreso moral y material, dominando sin embargo unas veces éste sobre aquel, ofreciéndose en otras ocasiones la preponderancia del primero sobre el segundo, marchando pocas de comun acuerdo, é indicando por último los medios que, cada uno, según su especial punto de vista, juzga conducentes á la consecución del equilibrio deseado.

Lástima grande fué, sin duda alguna, que un suceso, con la reseña del cual deberé ocupar en breve vuestra ilustrada atención, fuera obstáculo para que cerrara tan luminosos debates el dignísimo Presidente de esa sección: con ello habría podido quilatarse el valor de los mismos y apreciarse debidamente la provechosa enseñanza que de ellos se desprende. Habriase visto entonces como síntesis perfecta de todos y cada uno de aquellos notables discursos, que esa prosperidad material que hoy nos rodea; que ese bienestar relativo que nuestros padres no alcanzaron y que hoy podemos proporcionarnos facilísimamente, merced á los rápidos progresos que se han realizado en el terreno de las ciencias físico-matemáticas y naturales, lleva en su seno como compensación dolorosísima, el antagonismo de clases que ántes vivieron en perfecta armonía, y la inestabilidad en los gobiernos que manteníanse anteriormente durante períodos que se contaban por siglos: habriase visto que, en medio de este aparente progreso, y á causa tal vez del

mismo, existen en el día terribles enfermedades sociales, completamente desconocidas en civilizaciones ménos adelantadas, que, cual cáncer roedor, acabarán con esta nuestra superioridad tan decantada, si llega á perderse por completo la nocion de que el campo del progreso material es muy reducido, al paso que el del órden moral carece de límites: habríase visto, en fin, que entregada la sociedad á los placeres que le ha permitido proporcionarse el rápido acrecentamiento de la riqueza, ha estado mirando con desvío unos males cuya existencia negaba, quizás porque en su desvanecimiento no los veía, ó tal vez procuraba ocultárselos, para que nuevo *Mane Thecel Fares* no turbaran su regocijo en medio de la locura de sus festines babilónicos.

Pero os he dicho que se habia opuesto á que llegara á su término natural esa animada polémica la realizacion de un suceso extraordinario, y justo es que en él nos ocupemos, por lo mismo que, si así cabe decirlo, ese acontecimiento ha decidido de nuestro porvenir. Comprenderéis que aludo á la fusion realizada entre dos sociedades en importancia iguales, si en sus fines distintas, fusion que, si el símil me fuera permitido, atreviérame á equiparar á la que resulta, como diria uno de los profesores antes nombrados, de la combinacion de dos cuerpos monodínamos.

Bien pudiera exclamar, al verme en este punto, si no temiese que encontrarais en mi expresion algo de altisonante y campanudo, bien pudiera decir, repito, que acontece á toda institucion lo mismo que les avviene á las generaciones, á las familias y á los individuos: apare-

cen, crecen, se desenvuelven, y cuando han llegado á alcanzar el mayor grado de grandeza y poderío, desfallecen y van perdiendo su vigor y lozanía, si no es que se ven condenadas, andando los tiempos, á sufrir el desprecio de las generaciones que las siguen. ¿Quién no recuerda, Señores, aquella época, verdadera edad de oro del sitio en que estamos reunidos, en que se daba cita para estos salones cuanto de mas brillante y distinguido encerraba la alta sociedad, pasadme el neologismo, de la culta y envidiada Barcelona, y eran preciado ornamento de sus fiestas y saraos las damas mas bellas é ilustres de la ciudad Condal, y hasta aquellas que, residiendo en apartadas comarcas de Cataluña, en determinadas épocas del año venian á tomar parte en ellas, movidas por la fama y justo renombre que las mismas alcanzado habian?

De todo apenas quedan las señales,

podriamos decir con el poeta. Otros tiempos han traído otras costumbres y otras necesidades: los que entonces, en el vigor de su juventud, siguiendo las sendas de cortesana galantería que sus mayores les trazaron, buscaban grato solaz en las dulces fruiciones que proporciona el trato social, hoy al frente de sus negocios no se han visto reemplazados por los que, jóvenes aún, mas precian los halagos de la vida pública, siquiera sepan que en el camino han de tropezar frecuentemente con crueles abrojos, que los placenteros goces que trae consigo el comercio de la sociedad. Excusado juzgo exponer, des-

pues de lo que acabo de indicaros, que era muy otra, en los comienzos de este año, la vida del *Casino Barcelonés*, de la que llevaba en aquellos tiempos en que imprimian carácter á la sociedad barcelonesa las apasionadas rivalidades á que diera lugar la construcción de un soberbio coliseo, en el extremo opuesto de la pisada arena en que de muy antiguo se levantaba el de Santa Cruz.

Ni era tampoco la de nuestro ATENEO tan pujante y valiosa como en aquellos primeros años de su existencia, en los cuales en cátedras y públicas discusiones se oía la autorizada voz de nuestros maestros, arrebatados de entre nosotros muchos de ellos en edad temprana, y cuando, con su ejemplo y con sus consejos, más podían influir sobre la generación que anhelante les seguía.

Eran, pues, el *Casino Mercantil Barcelonés* y el *Ateneo Catalan* dos sociedades que, con robustos cimientos, comprendían que mal su grado llevaban perdido mucho de aquel su primitivo lustre y esplendor, y adivinaban también que cada una de por sí contaba aún con fuerzas suficientes para que, confundidas, pudieran nacer á nueva vida, siquiera al realizarse la fusión, debiese perder una de ellas la fisonomía que la caracterizó en su juventud para adoptar el modo de ser que constituía los fines de la otra. ¿De cuál de las dos partió la iniciativa para realizar tan feliz consorcio? Esto es lo que no sabré yo decir: si participara del fatalismo de los musulmanes, contentárame diciendo «estaba escrito;» hoy para buscar explicación plausible á la manera por todo extremo felicísima como se llevó á buen término esa fusión, —sin que de ella nadie resultara lastimado en lo mas mí-

nimo, que tampoco era esto posible, dadas las condiciones de las partes contratantes; sin otro cambio que el de un apellido, permitidme que así exprese el pensamiento,—debo acudir á los nombres de las personas que tenían á su cargo la direccion del *Casino Barcelonés* y á las de las que constituian la Junta Directiva del *Ateneo Catalan*. ¿Cuáles fueron las bases de esa fusion? En rigor se reducen á una sola que puede formularse en estos términos: «El *Ateneo Catalan* y el *Casino Mercantil Barcelonés* se funden en una sola Sociedad, que se regirá por los estatutos de la primera, y llevará el nombre de ATENEO BARCELONÉS.» Por manera que ese nuevo ente moral, este cuerpo compuesto que, siguiendo la comparacion de que ántes eché mano, de la combinacion resultaba; ni era nuevo, ni otro, ni distinto, pues solo con nombre diferente, debia realizar fines idénticos á los que uno de ellos habia llenado como objeto exclusivo de su institucion. De los dos elementos que debian constituirlo, aportaba cada uno al acervo comun una historia brillantísima y un nombre por demás preclaro; y al realizarla no parece sino que unos y otros de los individuos que formaban aquellas sociedades, obraban á impulsos de aquellos sentimientos que con tanta brillantez de colorido pintaba nuestro malogrado Anglasell, cuando encarecia la necesidad que hay de persuadirse de que «vivir la vida del egoismo interesado, ó sondear friamente los misterios del alma sin sentir el mágico atractivo de sus arranques generosos; que atesorar riquezas »y embriagarse en los goces materiales con el completo »olvido de sus semejantes, ó estudiar los fenómenos de

»la naturaleza sin escuchar los celestiales sonidos de sus
»suaves auras, ni bañarse en el mar de armonías y co-
»lores que se extiende bajo el puro azul del firmamento,
»es transportar al hombre á un mundo que no es el suyo
»y en el que no puede permanecer largo tiempo sin ano-
»nadarse.»

Con tales precedentes, con tan buenas disposiciones en los ánimos, no podía ofrecer obstáculos la fusion apetecida. Detenida y concienzudamente estudiada su conveniencia por las Juntas respectivas y las comisiones nombradas al efecto; explorada la opinion de los individuos de ambas corporaciones; llenados todos los requisitos prevenidos en los estatutos por que cada una de las sociedades se regía, quedaba sancionado en la noche del 11 de Abril por el voto de los individuos del ATENEO CATALAN, por vez primera reunidos en Junta general, el acuerdo sometido por la Directiva á la decision de la misma. Una junta de aquella clase se habia celebrado para la constitucion definitiva del ATENEO CATALAN: una Junta general debia resolver en cuestion de tamaña trascendencia, y es de presumir que transcurrirá mucho tiempo antes que se celebre otra, dado que los elementos con que hoy cuenta el ATENEO le dan tales fuerzas, que con fundamento puede esperarse luzcan para el mismo nuevos dias de lustre y esplendor. Tributo de aprecio merecen por ello cuantas personas facilitaron la fusion, y más especialmente las que constituian las Juntas Directivas de ambas sociedades, de las cuales, citando los nombres de sus respectivos Presidentes y Secretarios, que lo eran, del *Casino Mercantil Barcelonés* D. José Anto-

nio Nadal y D. Cipriano Pozzy, y del *Ateneo Catalan* D. Eduardo Gibert y D. José Rius, creo hacerme intérprete de todos vosotros, que de seguro hariais extensiva semejante distincion á todas y cada una de ellas.

Y este tributo de aprecio es tanto mas merecido por lo que á la Junta del que fué *Ateneo Catalan* se refiere, por lo mismo que ni aún en medio de las complicaciones á que daba lugar un acto de la naturaleza del que nos ocupa, olvidó un instante siquiera los fines que nuestra institucion debe llenar. Una pléyada de profesores entusiastas del divino arte, consagrábase hacia mucho tiempo al cultivo del mismo con aquella fé, con aquella perseverancia, con aquella asiduidad que nacen de la verdadera vocacion y de las insinuaciones dictadas por el sentimiento desinteresado. Un dia y otro y otro, invertian las horas que sus personales ocupaciones les dejaban libres, en el estudio de aquellas obras que han alcanzado renombre de clásicas, sin más fin que constituir una sociedad de cuartetos que á su tiempo pudiera dar á conocer las bellezas de las mismas á un público, que contando entre sus glorias la de haber sido en España el primero que tuvo teatro de opera italiana, por causas que no es de este momento apuntar, no apreciaba ya con delicado criterio las diferencias que existen entre la obra artística, y la que halaga los sentidos envolviéndoles en voluptuoso velo, bien que prescindia por completo de hacer vibrar las cuerdas que para todo sentimiento existen en el corazon. El tiempo, á juicio de aquellos profesores, habia llegado: faltábales únicamente un lugar á propósito, una escena digna en la cual pudieran darse á conocer

con garantía de buen éxito, y el ATENEO fiel á sus tradiciones, franqueóles de par en par las puertas de su morada, teniendo á gran honra poder registrar en sus anales el hecho de haberse inaugurado en sus salones los conciertos ofrecidos al público por la sociedad barcelonesa de cuartetos. Güell, Quintana, Puiggener, Baucis, Ribera, Fornelio, Daunis, Ayné, Cots, Puig, Martinez y Ribera, fueron los profesores que en varios conciertos amenizaron aquellas veladas, de las cuales de seguro conservais muchos de vosotros grato recuerdo, no siendo ménos agradable el que debeis guardar de la sin igual habilidad de que dió pruebas relevantes el reputado concertista de clarinete Salvatori, que gustoso consintió en tomar parte en alguno de aquellos.

Si esta circunstancia que acabo de recordaros no fuera motivo suficiente para que no se escasearan los elogios á la que fué la última de las Juntas directivas del *Ateneo Catalan*, hallariamos otra no ménos poderosa, y que como á aquella alcanza á la del *Casino Mercantil Barcelonés*, en la irrevocable resolucion, en el empeño decidido de renunciar sus cargos en el instante mismo en que resultarían ultimados los actos que habian de determinar el de la fusion como hecho consumado. Conseguida la victoria, no quisieron engalanarse con los laureles que eran merecido premio de ella, y á esta circunstancia se debe que ocupemos nosotros este puesto, y que deba haceros yo la reseña de unos actos en que no intervine directamente, y que de seguro habria presentado revestidos de mayores atractivos mi predecesor D. José Rius.

La resolucion de aquellas Juntas, lo he dicho ya, era

irrevocable, y por lo mismo, despues de nombrar algunas comisiones que facilitarán á la que debia sucederles la resolucion de complicados problemas, que por fuerza debian surgir; despues de haber reunido las secciones del ATENEO, prévia la incorporacion á las mismas de los individuos que constituian el *Casino Mercantil Barcelonés*, con el objeto de que propusieran á aquellos de sus individuos, que habian de formar la nueva Junta Directiva, reuníanse por vez postrera el dia 29 de Abril, y en 8 del siguiente Mayo convocaban á las personas designadas, que, siguiendo las prescripciones de los Estatutos, procedian á la eleccion de cargos, despues de haberse despedido el Sr. Gibert haciendo votos fervientes por la prosperidad del ATENEO.

Penosa y erizada de dificultades presentábase la herencia para aquellos que solo con sus votos habian intervenido en la obra de la fusion: por ventura no faltaba buena voluntad y mejores deseos para corresponder á la elevada distincion de que se les hiciera objeto. Uno de los primeros problemas, cuya resolucion urgia, era el estudio del local en que deberia establecerse la nueva sociedad. ¿Seria el que cabe el teatro de Santa Cruz habia ocupado el *Casino Barcelonés*? ¿Deberia preferirse al mismo el que con él lindante servia de domicilio el *Ateneo Catalan*? ¿Bastaba cada uno de por sí á las necesidades de la asociacion? ¿Podria esta hacer frente á las cargas que exigiria el arrendamiento de ambos? ¿De quedarse con ellos, seria fácil establecer entre uno y otro la indispensable comunicacion? ¿Era dable la realizacion de esta, conservando una parte del edificio en

que el ATENEO se hallaba establecido, reservándose el derecho de subarrendar cuanto no hubiera menester? Temeraria, señores, causaros enojo, dándoos cuenta detallada de los obstáculos que se ofrecieron, de las dificultades que se presentaron, de las inesperadas complicaciones á que pretextos injustificados dieran lugar, antes que pudiera llevarse á cabal resolución. Logróse al cabo, que nada hay imposible cuando no falta la perseverancia, y con condiciones poco onerosas, pudo el ATENEO disponer del local que todos conoceis, local que no solo basta á las condiciones ordinarias de la vida del mismo, con la independencia necesaria entre sus diferentes salones, atendidos los diversos fines, á que se hallan destinados; sinó tambien, como se dice en la circular transmitida últimamente, á las extraordinarias que podrian surgir de la celebracion de certámenes, y de exposiciones artísticas ó de alguno de los ramos de la agricultura ó la industria.

Conseguido este resultado, contaba ya la Sociedad con un local el mas á propósito para establecer su selecta Biblioteca; más al tratar de ponerlo por obra, topó con un sinnúmero de inconvenientes, que insignificantes, si se quiere, cada uno de por sí, constituian sumados un obstáculo de monta, que segun los medios que en desvanecerlos se emplearan, habia de dar resultados fatalísimos para el régimen económico del ATENEO. Sorteólos afortunadamente con acierto la buena voluntad, y con la colocacion de los estantes que andaban dispersos por diferentes salas y corredores, y con la construccion de los que hizo indispensables la necesidad de comunicar armo-

nía al conjunto, ha podido facilitarse cómoda colocacion, á los miles de volúmenes de que hoy se compone aquel ya importante departamento, dejando espacio suficiente para colocar los que durante buen número de años se vayan adquiriendo; se han instalado cómodas y espaciosas mesas para los lectores, en las cuales se hallan con la conveniente separacion los periódicos políticos, nacionales y extranjeros, y las revistas científicas, artísticas y literarias, con los semanarios ilustrados que se dán á luz en las principales ciudades del mundo; y se trabaja en la construccion de estanterías á propósito para la custodia de las colecciones de láminas y estampas que posee el ATENEO y que son elemento importantísimo para determinados estudios. Resuelto el problema en su parte material, ofrecíase en primer término la necesidad de catalogar las obras, revistas y folletos, que habian tenido, á consecuencia de la fusion, un aumento nada despreciable, con lo cual, al par que se facilitaban las buscas, podia tenerse constantemente á la vista el caudal de libros de que dispone la Sociedad. Confiada esta operacion á persona competente, hállase hoy muy cerca de verse totalmente terminada, habiendo producido entre otros resultados la invencion de varias obras duplicadas, que debiendo enajenarse, siendo para su adquisicion preferidos los sócios, podrá atenderse con los rendimientos á la encuadernacion de muchos cuerpos de libros que el uso frecuente podria deteriorar.

Y puesto que nos estamos ocupando en la reseña de los acuerdos que respecto de la Biblioteca ha tomado la Junta, permitidme que, aún faltando al riguroso orden

cronológico os anticipe que se ha consignado para la adquisición de libros una razonable cantidad, y que propuestas por las comisiones que de cada una de las Secciones se nombraron, las obras que con preferencia deben adquirirse, y aceptadas por la Junta las propuestas, van haciéndose los pedidos, de suerte que dentro de muy poco tiempo veremos aumentada nuestra ya abundante colección, con lo cual resultarán más equilibradas secciones que hasta el presente habíanse visto menos atendidas, pues el criterio de la Junta respecto del particular se ha dirigido á poner á un mismo nivel á todas las que constituyen el ATENEO. Otro principio ha tenido en cuenta para la organización del gabinete de lectura, y de él me cumple daros noticia en esta sazón. Todos vosotros conocéis el aumento que ha tenido en sus dos secciones de Revistas y Periódicos: para aquellas, como obras que son de estudio, no se ha detenido ante los principios que defienden, siempre y cuando en la exposición de los mismos brillen las dotes que correspondan á un trabajo verdaderamente científico y formal: para los segundos, admitiendo indistintamente todas las opiniones, ha juzgado que debía cerrar la puerta al periódico satírico, y además del satírico al que choca con los sentimientos elevados de quien en algo se estima, y por lo mismo que ni en estos ni en aquellos puede aprenderse cosa alguna que corresponda á los altos fines para que fué creado el ATENEO.

No estaban entretanto ociosas las Secciones. Sabiendo por experiencia muchos de los individuos que las componen los graves inconvenientes con que debían luchar

las Juntas, y en especial sus Presidentes, para hacer provechoso el tiempo de su administracion, tomando posesion de sus cargos en el dia de año nuevo, segun disponian los Estatutos; ocupábanse en modificarlos en este sentido, ya que para ello brindaba la ocasion, y discutida préviamente esta y otras reformas en el seno de cada una de ellas, sometíanlas á la aprobacion de la Directiva en 11 de Junio, acompañando con las mismas la proposicion de varios acuerdos, cuya resolucion hacia indispensable la adopcion de aquellas. No podia la Junta dejar de aprobar las unas y aceptar los otros, por lo mismo que expresaban la opinion unánime de la Sociedad; y aún cuando se imponia con ello el deber de continuar medio año más de lo que, segun los Estatutos no reformados, habria debido permanecer al frente del ATENEO, juzgó que era merecedora de semejante sacrificio la nueva prueba de confianza que se le dispensaba. Por lo demás, bien sabeis que dichas reformas quedan reducidas á contar por años económicos la vida de nuestra Sociedad; á subordinar á los mismos las épocas en que deben reunirse las secciones para evacuar los diferentes encargos que tienen sometidos; á favorecer la admision de aquellos individuos que por su especial situacion no pueden considerarse vecinos de Barcelona ni transeuntes en ella; y á suavizar la prescripcion que exigia la unanimidad absoluta en todas las Secciones para introducir en los Estatutos alguna modificacion. Puestas de acuerdo con las de estos las disposiciones del Reglamento interior, por la Comision nombrada al efecto, y aprobadas por la Junta en sesion de 7 de Setiembre, no tengo para que detenerme más en

este punto, puesto que obran en vuestro poder los ejemplares de las que vienen á constituir nuestras compilaciones legales.

Semejante modificacion exigia de la Junta la formacion de un doble presupuesto: es decir, de uno que se concretara á los dos meses que mediaban entre la fecha en que tuvo lugar la fusion y el 1.º de Julio, y otro que abarcara en toda su extension el año económico que en tal dia comenzaba. No descenderé á detalles respecto de ellos: creo que os dareis por satisfechos con que os diga que la base que tuvieron presente, la comision al redactarlos, y al aprobarlos la Junta, fué lo absolutamente seguro dentro de un cálculo racional, en los ingresos; lo posiblemente incierto, dentro del mismo cálculo en los gastos: cubrir todas las atenciones del ATENEO, lo mismo en lo que exige el local, alumbrado, sirvientes y adquisicion y reparacion de ajuar, como en la compra de libros, suscripcion á periódicos, cantidades destinadas á premios etc., etc., dentro de lo que permiten las condiciones de la Sociedad: ceñirse exstrictamente á lo presupuestado, sin permitirse la mas insignificante transferencia, ni la mas pequeña transgresion, y dejar un sobrante al término de su ejercicio, que aumentado por las Juntas que la sucedan, pueda un dia permitir mayores gastos, ó hacer rostro á épocas críticas, que no porque hoy goce el ATENEO robustez y fuerza cada dia mas pujante, ha de considerarse libre de atravesarlas.

Que esto no es de temer en el presente año, podria casi asegurarse—con todo y no ser los tiempos en que vivimos, los mas abonados para aventurar pronósticos—

pues si por un lado cuenta la Sociedad con la robustez propia de una institucion que vigorosa aún, se ha rejuvenecido con nueva savia, han de comunicarle poderoso atractivo los trabajos, discusiones, lecciones y conferencias, á que se han comprometido gran número de nuestros sócios. La Junta directiva se congratula de que bajo este punto de vista será provechoso y aprovechado el período que hoy se inaugura, ya que gracias á la abnegación y galantería de todos aquellos de nuestros compañeros á los cuales se ha dirigido,—y por ello aprovecha esta ocasion para manifestarles el testimonio de su agradecimiento,—puede casi asegurar que podrán llenarse todos los martes, jueves y sábados no festivos hasta mediados de Abril, aquellos con lecturas, conferencias y discusiones en que se ocuparan las secciones de ciencias morales y ciencias exactas; los segundos por medio de lecturas hechas por individuos de las de Agricultura, Industria y Comercio, con la discusion de los dictámenes que emitan unas y otras, acerca de los temas propuestos por las mismas, ó por la Junta directiva, ó con la celebracion de veladas literarias; y los últimos, con conferencias tambien ó lecturas que sobre la «Civilizacion de la antigua Grecia,» se proponen dar algunos individuos de las de Literatura, Bellas Artes y otras, y con los conciertos, que tendrán lugar en la época acostumbrada. Si á esto se agrega la circunstancia, de que las Secciones, sino todas, en su inmensa mayoría, han nombrado ya comisiones de su seno para que oportunamente den dictámen sobre asuntos de tanto interés como el que se encierra en él—«Exámen de las ventajas é inconvenientes

de las colonias agrícolas de mendigos y jóvenes corrigendos, para que supuesta la conveniencia de establecerlas en España se estudie el modo de plantear una en las provincias catalanas;» —en el— «Establecimiento de una nueva clasificación que corrija las imperfecciones que hoy existen en las adoptadas por la administración pública, así en España como en el extranjero, en punto á las condiciones higiénicas de las diferentes industrias, con el objeto de que al paso que se den por incómodas, insalubres ó peligrosas, las que realmente lo sean, no quede comprendida dentro de estos grupos ninguna de aquellas que, solo en virtud de una prevención teórica, desmentida por la experiencia, figuran hoy en el número de las mismas;» —en la proposición de— «Medios para popularizar el conocimiento de los hechos más importantes de nuestra historia, y el espíritu y carácter de nuestras principales instituciones, así como de interesar á todas las clases en la conservación y restauración de los monumentos históricos y artísticos;» —en el estudio de los— «Medios que podrían adoptarse para fomentar el cultivo de las bellas artes, y propagar el buen gusto artístico, lo mismo como elemento de educación, que en sus aplicaciones á la industria:» —en la investigación de las— «Causas del atraso en que se encuentra la industria pecuaria en España, y medios de mejorarla;» —en la— «Historia de la industria lanera en nuestro país, con la exposición del estado en que se halla, comparado con el que tiene en otros pueblos más adelantados, y los medios que podrían adoptarse para que se desarrollara y compitiera en perfección y baratura con la de otras nacio-

nes;»—y finalmente en inquirir la—«Influencia que en el desarrollo de la riqueza del país han tenido los tratados de comercio concluidos durante los últimos años»;—si todo esto se considera, repito, creo que no juzgareis infundadas las razones que tiene la Junta para presumir que ha de ser provechoso y aprovechado, el período que hoy comienza.

Más que sea el cumplimiento de un deber lo que me obliga á descender á detalles que, para no causar hastío, requieren ser tratados con cierta habilidad é ingenio de que, y no lo tomeis á fingida modestia, me hallo completamente desprovisto, no quiero ni debo abusar por más tiempo de vuestra extremada benevolencia. ¿Qué significaría además el manifestaros que la Junta Directiva, inspirándose en el ejemplo de sus predecesoras, ha dispensado su proteccion, sino con la largueza que quisiera, con la que sus recursos consienten, á los que en el último certámen celebrado por el Consistorio de los Juegos Florales, han merecido la mencion de buenos cultivadores de la prosa catalana? ¿De qué aprovecharia recordaros que poniendo siempre cabe lo útil, lo agradable, hizo un ensayo, no por cierto de malos resultados, para introducir la celebracion de conciertos en las fatigosas tardes de los dias festivos de verano? ¿Por qué he de daros menuda cuenta, si todos lo habeis visto, de las reformas que se han debido hacer, modificaciones que introducir, restauraciones que practicar, necesidades á que atender, y obras que realizar, al paso que han ido presentándose, para poner todas y cada una de las dependencias del edificio en disposicion conveniente pa-

ra que puedan llenar los fines á que están destinadas, y que, permitidme que lo consigne, y perdóneme por ello la persona aludida, ha llevado á cumplido efecto con un celo, inteligencia y economía, superiores á todo encarecimiento, la persona á la cual se confirió el penoso encargo, de atender á la conservacion del edificio? ¿A qué hablaros de otras pequeñeces que aparecen de un dia para otro, que no porque lo sean dejan de exigir poderosa atencion y cuidado, puesto que de mirarlas con indiferencia en sus comienzos, podrian convertirse andando el tiempo en motivo de disgusto y en causa de abusos que rompieran el buen orden y la armonía que en asociaciones como la nuestra deben constantemente reinar? ¿A qué anunciaros los planes que la Junta tiene concebidos para la ornamentacion artística de esta dependencia, en que nos hallamos, y para realizar exposiciones mensuales, si bien modestas en su forma, de gran provecho en sus resultados, en el salon de descanso del Teatro, que con una galantería digna de todo encomio, cede gustoso para este objeto el empresario Sr. Calle? ¿No seria esto decir, que la Junta ha procurado cumplir con el compromiso de honor que contrajo al aceptar el cargo con que os dignasteis distinguirla? ¿No valdria esto tanto como decir, la Junta ha cumplido con su deber? ¿Por ventura habria procedido de otra suerte cualquiera de las que se hubiesen formado con los individuos de nuestra Asociacion? Consideró la que por mi humilde conducto tiene hoy la honra de dirigiros la palabra, que el papel que le cumplia desempeñar ceñíase principalmente á organizar la Sociedad que surgia á conse-

cuencia de la fusion; y á preparar los trabajos que deben ser motivo de nuestras tareas durante el próximo invierno, sin prescindir por esto de otros asuntos de mayor y menor importancia. Cree haber cumplido con ambos extremos, y por esta razon se juzgará recompensada en sus afanes y estimará pagados sus desvelos hasta con usura, si al término de la jornada puede decirse de ella: inspirándose en los sentimientos, deseos é intenciones que presidieron á la creacion del ATENEO, franqueó definitivamente el paso por los umbrales del ATENEO BARCELONÉS «á todos los que animados del elevado espíritu que infunden las buenas ideas y los puros sentimientos, estaban dispuestos á llevar materiales á la obra comun» y ha trabajado sin cesar para que sea el mismo «un centro de atraccion y de armonía, donde lleve cada uno el bien que pueda allegar para sí, para sus conciudadanos, y para sus compatricios, sin distincion de pueblos y sin diferencia de clases» y opiniones.

Terminada la lectura de la anterior reseña, dióse cuenta por el Secretario infrascrito del siguiente:

PROGRAMA

del concurso público acordado por la Junta Directiva del

ATENEO BARCELONÉS

en sesion del 4 de Noviembre de 1872.

La propagacion de los conocimientos científicos, literarios y artísticos; el desenvolvimiento moral del país y el fomento de sus intereses materiales, son otros de los fines principales que al fundarse se propuso el ATENEO, y en la realizacion de los mismos emplea cuantos medios le facilitan las prescripciones consignadas en sus *Estatutos*. Deseosa la Junta Directiva, que hoy tiene la honra de representar á dicha Sociedad, de coadyuvar por su parte al logro de aquellos, en sesion de 4 de los corrientes, acordó por unanimidad, abrir un concurso público para el año 1874, sobre el tema propuesto por la Seccion de Ciencias Morales, aprobado por la Junta Directiva, en los siguientes términos:

«LA EMIGRACION ESPAÑOLA: sus causas, sus caractéres y sus efectos. Medidas que la misma hace necesarias.»

El autor deberá enriquecer con datos estadísticos sus observaciones; comparar la emigracion española con la de otras naciones, y particularmente con las más afines por sus condiciones sociales; señalar las comarcas del Reino en que la emigracion sea más numerosa y determinar si las medidas que la misma provoque, han de ser para favorecerla, contrariarla ó dirigirla, señalando las que correspondan á la Administracion y las que sean propias de la iniciativa privada.

Las bases para el certámen son las que á continuación se expresan:

1.^a Se admitirán las obras manuscritas ó impresas, con posterioridad á la publicacion del presente anuncio, redactadas en lengua castellana, que versen sobre el indicado tema.

2.^a Las obras deberán depositarse en la Secretaría general del ATENEO antes del dia 30 de Abril de 1874, é ir encabezadas con un lema, inscripcion ó epígrafe, que se escribirá tambien en un pliego cerrado que contenga el nombre del autor. Al entregarse las obras, librará recibo de ellas el Secretario de la Corporacion, y terminado el concurso, se devolverán las no premiadas, mediante la presentacion de dicho resguardo.

3.^a La Junta Directiva del año 1873 á 1874 nombrará el Jurado para la censura y calificacion de los trabajos presentados.

4.^a El autor que segun el fallo del Jurado merezca el premio, recibirá la cantidad de 1500 pesetas y conservará la propiedad de la obra.

5.^a El premio se adjudicará en sesion pública que se anunciará oportunamente.

6.^a Si el trabajo premiado se imprime, el autor dejará diez ejemplares para la biblioteca del ATENEO, y en caso de no imprimirse, cuidará de hacer sacar á sus costas con igual destino, una copia manuscrita del mismo.

Barcelona 19 de Noviembre de 1872.

El Presidente,

Manuel Durán y Bas.

El Secretario General,

Cayetano Vidal y Valenciano.

Despues de lo cual, el Sr. Presidente D. Manuel Duran leyó el discurso que á continuacion se inserta:

MINISTERIO
DE CULTURA



Señores:

Al cumplir el más importante de los deberes que este sitio impone, el de dirigiros la palabra en el acto solemne de la inauguración de nuestras tareas, fuera mi mayor satisfacción como es mi primero y más vehemente deseo acertar á expresaros con adecuadas frases los sentimientos de que me encuentro poseído. Sin merecimientos para distinción tan señalada me habeis elevado á la presidencia de nuestra Sociedad al acabar de realizarse uno de los acontecimientos que más pueden influir en su porvenir. Fusionados el *Ateneo Catalán* y el *Centro Mercantil Barcelonés* para robustecerse con la unión de sus bien adiestradas fuerzas, para dar mayor extensión á su desenvolvimiento con la alianza de sus medios de acción, para rejuvenecerse en las condiciones de su vitalidad, diversas en los aspectos, pero afines por las tendencias, forman hoy una asociación que, si nueva por el nombre, no lo es por su constitución, ni por la aureola de gloriosas tradiciones que la rodea. Mas si es cierto

que le sonrien en este momento todas las esperanzas de una regeneracion fecunda y vigorosa, no lo es ménos que el primer impulso que reciba puede enderezar por seguro camino ó dirigir por extraviadas veredas sus pasos. Esto acrecienta la siempre elevada honra de presidir una Sociedad en cuyo seno tiene la Universidad en gran número á los Profesores que más la ilustran, las Ciencias y las Letras á sus cultivadores de más valía, el Arte en sus diversas ramas á los que más felizmente lo idealizan con sus concepciones, la Industria y el Comercio á los más inteligentes representantes de la riqueza que crean, y la Propiedad á los que con más buen título y más comun provecho la poseen y utilizan; y esto es lo que empeña sobre toda ponderacion el agradecimiento de quien, sin solicitarlo y aún sin presumirlo, vióse elegido para ocupar este sitio durante el presente año académico.

Pero hoy más que en otros dias es grande la honra por el cúmulo de dificultades que acompañan al desempeño del cargo. Corporacion libre el Ateneo en la cual todas las escuelas tienen representantes y todos los sistemas mantenedores; institucion en cuyo seno todos los intereses legítimos del país encuentran debates para su ilustracion, proyectos para su fomento, gestiones diligentes é infatigables para su defensa; sociedad que, al ser hoy sucesora de las dos ántes mencionadas, debe emular las glorias de cada una, y no quebrantar los hábitos de franca expansion y de varonil independencia que, en loable rivalidad, forman para ambas su más preciado timbre, necesita en el presente, como rumbo

que se trace para lo venidero, conservar aquella tradicional libertad de discusion que nunca ha dejado el error sin correctivo y las seculares y venerandas creencias sin defensa victoriosa, y mantener sin desmayo aquel poderoso espíritu de iniciativa que tanto las ha enaltecido en otros dias y aquella fe y perseverancia que las han caracterizado hasta el presente en la propagacion de las verdades fecundas, de las sanas doctrinas y de los pensamientos útiles que interesan á la época en qué vivimos y á la nacion á qué pertenecemos. ¡Qué mucho, pues, Señores, que me agiten en opuesto sentido la gratitud y el temor, y que, dominado por estos afectos, lleguen mal á mis lábios las palabras!

Y no tienen escasa parte en que así suceda las circunstancias en medio de las cuales celebramos esta sesion inaugural. Crítico es, cual ningun otro en el presente siglo, el momento histórico que alcanzamos. Á donde quiera que la atencion se convierta, descúbrese el espectáculo de graves conflictos políticos y de profundas perturbaciones sociales, y el oido, si está atento, percibe el rumor siniestro que es presagio de las tempestades. Los temerosos problemas que hace años agitan á las sociedades europeas, léjos de haber menguado en magnitud y descendido en importancia, están hoy como planteados de nuevo, y demandan con imperio soluciones inmediatas. Á los que con fatídico acento anuncian como no lejano un período de dolorosas crisis les abonan los signos en que su proximidad se revela: la confusion en las ideas y el antagonismo en los intereses, lo contradictorio de las aspiraciones y lo inconstante de los

rumbos que se siguen. La inquietud de los espíritus, fenómeno moral que, por lo general y permanente, caracteriza á nuestro siglo, es mayor que en otros dias en los presentes, en que la controversia, si no siempre ha logrado hacer brillar la verdad, ha quebrantado en muchos y hecho vacilar en no pocos la adhesion á las tradicionales creencias de las generaciones. Y cuando lo recio de los embates y lo inminente del peligro, en medio de la oscuridad de lo porvenir, reclaman la union que, despues de la fe, es la primera de las fuerzas para la lucha, aquí los ódios, allí las desconfianzas, en unos el egoismo, el escepticismo en otros influyen en mal hora ¡imposible parece! en destruir toda cohesion y en imposibilitar todo concierto. Y no es esta situacion peculiar de una nacion sola. Con los mismos ó con diversos, aunque no muy desemejantes caractéres, la alcanzan por igual en estos momentos casi todos los pueblos de Europa. En el Norte como en el Centro y en el Mediodía de esta region del antiguo continente; lo mismo allí donde el Poder es fuerte y la autoridad de la ley se robustece y afirma con la moralidad de las costumbres, que donde imperan, como causa de flaqueza, la corrupcion y la indisciplina, se controvierten las mismas teorías, están en efervescencia las mismas pasiones, viven en continua pugna los mismos intereses, estallan con frecuencia las mismas colisiones, amagan á la organizacion social los mismos peligros, y como es consiguiente, entristecen el ánimo los mismos recelos, y sienten, pueblos y Gobiernos, las mismas preocupaciones.

Fenómeno es este merecedor de atencion y de estu-

dio; y al consagrarle algunas consideraciones espero que no me faltará vuestra siempre generosa indulgencia. Como asunto de esta oracion inaugural no habrá de pareceros inoportuno, porque las Corporaciones como los individuos no pueden vivir ajenos á las circunstancias que, á manera de atmósfera moral, las rodean, y que oculta ó manifiestamente hacen sentir en ellas su influjo; y aun ménos habrá de pareceros impropio, porque si á distintas ramas del saber humano consagra su actividad intelectual el Ateneo, por la irresistible fuerza de las cosas han sido ántes, deben ser ahora, y continuarán siendo, al ménos por largo tiempo, cuestiones del orden moral y social las que más vivo y general interés exciten. Y ¿qué otras pueden tenerlo mayor en este momento que las que se refieren á las causas y caractéres de la actual situacion moral y social de los pueblos europeos?

No es un hecho histórico, propio, exclusivo de los presentes dias el desasosiego que los trabaja: entre agitaciones y zozobras ha corrido la vida de las generaciones que próximamente nos han precedido, y en medio de conflagraciones sin cuento hase deslizado tambien la nuestra. En el ya largo curso del presente siglo graves problemas políticos y económicos han conmovido casi sin trégua á las viejas naciones europeas: no obstante, ¡qué diferencia entre los pasados dias y los presentes! En aquellos se han sucedido unas á otras las revoluciones políticas, y por efecto de ellas ¡cuántos cambios en las instituciones, cuántas caidas de dinastías, cuántas y cuán radicales transformaciones en la vida interna de

las sociedades! Y en su vida externa, ¡cuán profundas alteraciones en las relaciones internacionales de los Estados, y cuántas mudanzas en las influencias que han predominado en ellas! ¡Cuántas agregaciones y desmembraciones de territorios, y por forzosa consecuencia, cuán grandes variaciones en la constitución étnica y geográfica de los pueblos! Han coincidido con estos acontecimientos, radicales y continuas reformas en las instituciones civiles, porque la sociedad en su vida privada no puede existir ni desenvolverse normalmente en oposición con el espíritu que domina en las instituciones por medio de las cuales desempeña sus funciones el Estado. Con ellos han formado cortejo las crisis financieras, por desgracia tan duraderas como frecuentes, y de éstas han sido hermanas las crisis mercantiles tan alarmantes por su número como desastrosas por sus proporciones. Y el pauperismo, ese hijo del régimen manufacturero que lo repudia, se ha convertido en enfermedad endémica de los pueblos industriales. Con todo, á pesar de lo grave y trascendental de estos sucesos; á pesar de lo desconsolador de su enseñanza, porque en el orden político advierten que aún no está próximo á su solución el problema de la conciliación de la libertad con el orden; en las relaciones internacionales demuestran cuán ilusoria es todavía la esperanza de conservar por medio del equilibrio europeo, cada día más alterado en sus condiciones naturales, la paz entre los Estados; y en la vida privada de los pueblos ponen de manifiesto que hay algo más que una cuestión económica en la no nueva, sino renovada querrela entre el capital y el trabajo ninguno de los pasa-

dos períodos históricos, aunque también de convulsiones y de luchas, iguala al presente en agitaciones y peligros.

¿Será verdad, acaso, que la transformación social á que el siglo XIX asiste se encuentra cercana á su último período? ¿Lo será por ventura que esta transformación propende á realizarse en conformidad á las tendencias del socialismo contemporáneo? ¿Lo será que se avecina á más andar la terminación, no pacífica sino violenta, de la lucha de esas tendencias con los elementos constitutivos de la actual organización social?

Que atraviesan una deplorable crisis los pueblos europeos, lo mismo los germánicos que los neo-latinos, aunque en éstos reviste tal vez un carácter más peligroso por circunstancias especialísimas de sus elementos de civilización, ¿cómo desconocerlo? La anarquía reinante en las ideas, los sacudimientos frecuentes que el orden público experimenta, la ruina de algunas instituciones y la falta de solidez ó el desmoronamiento continuo aunque lento de otras que hasta ahora habían resistido incólumes la injuria de los tiempos, lo pasajero del entusiasmo que los ensayos de nuevas instituciones excitan, cual si no correspondiesen al ideal, poco diseñado, tras el cual afanosamente se corre, la desaparición de los contornos que ántes delineaban las costumbres especiales de cada pueblo, la relajación de los antiguos vínculos sociales, y el enflaquecimiento, cuando no la perturbación, de las creencias que han sido siempre la vida del alma y han templado el carácter y dirigido por recto y anchuroso cauce los afectos, son signos inequívocos de la existencia de la crisis. Es ley del organismo

de las sociedades que fenómenos de esta naturaleza se revelen siempre por el desorden en el sistema ó combinacion de los antiguos elementos de su modo de sér, ántes que vengan otros elementos ó nuevas combinaciones de ellos en su reemplazo; que se exterioricen por medio de una confusion, verdaderamente característica, en las ideas, y de una incertidumbre y contradiccion palpables en las aspiraciones; y si todo esto no nos confirmase que pasa la Europa por una de sus más pavorosas crisis, nos descubririan su existencia la naturaleza y el número de los problemas que se controvierten, la índole y las tendencias de las soluciones que á ellos se proponen. En el órden religioso, el problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado, y de las garantías de la libertad de conciencia; en el órden político, el del fundamento legítimo de la Autoridad, y como corolarios de éste, el de las formas más apropiadas de la representacion del Poder y el de la naturaleza y límites de sus funciones; en el órden social, el de la organizacion de la familia por la reforma de las instituciones que la constituyen, y el cambio en las relaciones morales y jurídicas que de ella nacen; en el órden económico, el de los derechos que Dios ha concedido al hombre sobre las cosas puestas á su alcance para dominarlas y aplicar á la satisfaccion de sus variadas necesidades las múltiples aptitudes que atesoran, son en compendio los que, aunque no nuevos, dividen hoy más que en otras épocas á las inteligencias, apasionan con verdadero frenesí á las muchedumbres, sirven de causa y alimento á las luchas políticas, constituyen el origen y los peligros de las convulsiones sociales que en-

tretejen la historia del siglo XIX. Resúmense en estos problemas todos los que interesan á la organizacion social y política de las naciones; y es por esto que al plantearse, no simplemente por los que en la ciencia social se ocupan, sino por los filósofos y por los ignorantes, por los partidos en el estadio en qué luchan y por los individuos en el recogimiento de sus meditaciones, por las masas populares con la forma de soluciones sencillas cómo siempre á su imaginacion más que á su razon se presentan, y por los Gobiernos con la complicacion que entrañan, atendida la variedad de intereses que afectan, revelan á quien no cierra los ojos á la luz, y ántes bien intenta penetrar más allá de la superficie de los sucesos, todos los caracteres de una verdadera y profunda crisis social.

Que haya entrado ya esta crisis en el período próximo á resolverse, no me atreveré, Señores, á asegurarlo; pero que hoy es intenso el padecimiento moral que como todas provoca; que los horizontes están teñidos de siniestros celajes y los corazones henchidos de pasiones violentas, no he de decirlo yo: todos lo veis, lo sentís y observais todos. Y como el espíritu humano no sigue, no puede seguir con desdeñosa indiferencia el incesante curso de los sucesos, ora se realicen lentamente y en sosiego, ora se entrechoquen en vertiginoso torbellino; como al obedecer á su tendencia de investigar la legitimidad de los hechos sociales por su origen, descubrir su naturaleza en su desenvolvimiento, medir por su fuerza su influencia, y predecir por su carácter sus efectos, no puede ménos de residenciarlos, si se me permite la frase, y de saludarlos como un próspero acontecimiento ó repu-

diarlos como un suceso infausto; como por ley de la unidad de este mismo espíritu viven en estrecho enlace las ideas y los sentimientos, y llevan aquellas al corazón el temor ó la esperanza, la inquietud ó el sosiego, la aversion ó el entusiasmo, el desvío ó la adhesion, ¿como no han de nacer y crecer, hasta agigantarse, la inquietud y la alarma en los individuos y en las sociedades, siendo como es continuo hoy dia el pregon de que, estériles las revoluciones políticas, ha de ser social la que ahora se realice; de que, mohosa y caduca la civilizacion actual, la regeneracion social únicamente puede conseguirse con la destruccion de todo lo existente?

Bien sabeis que no exagero. Las tendencias que pueden caracterizarse con la calificacion de *socialismo contemporáneo* han crecido tanto en esperanzas y audacia, que esto es lo que hoy se proclama altivamente en su nombre. Escusado es que advierta que, al hablar de las tendencias del socialismo contemporáneo, no entiendo hacerlo de la legítima aspiracion al ordenado y progresivo desenvolvimiento de las sociedades humanas por medio de las reformas que concilian los elementos constitutivos de las grandes instituciones sociales con las mejoras que en su manera de sér y de funcionar imponen las condiciones de los tiempos y el espíritu de las civilizaciones. Pero tampoco me refiero aisladamente á aquellas otras aspiraciones, más loables por el sentimiento que las engendra que por el valor práctico que raras veces y siempre en pequeñas proporciones entrañan, encaminadas á la extincion de una de las plagas sociales, la miseria, ilusion generosa que enfervoriza el

cristiano sentimiento de la Caridad, pero irrealizable en cuanto no se satisface con lo único posible, la minoración ó el alivio de un mal, pension de nuestra naturaleza imperfecta y finita. Aún ménos me ciño á los sistemas societarios que han constituido en el primer tercio de este siglo á veces una escuela, á veces una secta, pero que apénas han conmovido á la sociedad, y que han interesado poco á las mismas clases á quienes más debían lisonjear con sus promesas. Caracterizo en general con el nombre de socialismo contemporáneo todas las tendencias, todos los sistemas, todas las escuelas, todas las parcialidades que, trocando la legítima aspiración al mejoramiento social en vértigo, léjos de satisfacerse con las reformas lentas, sosegadas y graduales que eslabonan lo pasado con lo presente, y son, al realizarse, el momento de descanso en los esfuerzos de otras edades y el punto de partida para la realización de las que un dia reclamen las generaciones venideras, repudian la obra de los siglos y ambicionan constituir una sociedad enteramente nueva, sin más vida de relacion que la meramente cronológica con lo pasado. Caracterizo, en una palabra, con ese nombre á las que más ó ménos resuelta, más ó ménos absoluta, más ó ménos completamente, niegan la existencia de principios orgánicos del orden social, necesarios, generales é indestructibles, y tienden á sustituir por otras más movedizas y deleznales las bases esenciales y permanentes sobre qué descansan las sociedades humanas. Y á distinguirlas todas con ese nombre, por más que no todas aspiren á realizar la reforma por iguales medios, ni ambicionen tódas convertir las actua-

les instituciones sociales en ruinas, me conduce el vínculo que las une, pues todas en definitiva proclaman que debe desaparecer la organizacion social existente como ilegítima en sus bases y viciosa en sus formas, para que sea nuestro siglo el comienzo de una nueva era.

Pues bien; esta proclamacion en cuya breve fórmula se sintetizan las tendencias del socialismo contemporáneo es, sino la única, una de las principales causas que han engendrado y mantienen la situacion que momentos antes he descrito. Porque podrán cambiar ó no de base y asiento las sociedades humanas; vendrán ó no nuevos elementos de vida á sustituir á los que han dado fisonomía especial á la civilizacion de los pueblos europeos; se realizará ó no, más ó menos próximamente, una transformacion completa en las condiciones actuales de la organizacion social; verá ó no nuestro siglo, de transicion llamado quizás con sobrada insistencia, la consumacion del paso de una edad histórica á otra edad que, exenta de las imperfecciones del error y del vicio, sea el reinado de la verdad y de la justicia; pero, mientras no quede vencido ó triunfante el socialismo, mientras la crisis que ha provocado no quede definitivamente resuelta, han de vivir indefectiblemente el espíritu sin sosiego, el corazon en la congoja, los intereses en la desconfianza, y el orden público en los vaivenes de las perturbaciones sociales.

Pero ya que la situacion moral y social de los pueblos europeos encuentra su aplicacion en la crisis que atraviesan, engendrada por las tendencias del socialismo contemporáneo, y agravada por el estado de frenesí que

las mismas han alcanzado; ¿nada más nos resta que decir acerca de ella?

Conviene no poner en olvido que, ilusos y confiados algunos, si es que no indiferentes ó escépticos, consideran el socialismo contemporáneo como una evolución histórica de la humanidad, espresándose en su lenguaje, y lo comparan con las tendencias socialistas de otros días para proclamar que, si algo tiene de práctico, hay mucho en él de inofensivo, y que el tiempo ha de producir, en el orden de las ideas su descrédito, y en el de los hechos su impotencia. Conviene asimismo no olvidar que otros, los ménos, con preocupacion en el entendimiento y tal vez con generosos sentimientos en el corazón, han adoptado en todo ó en parte las doctrinas á qué me refiero, á título de verdad filosófica y social. Y conviene no olvidar, por último, que entre los que repudian esas doctrinas son en gran número los que faltos de fe y esperanza se abandonan al desfallecimiento. Esto hace necesario dedicar algunas consideraciones, siquiera someras, á demostrar los peligros que entraña y los errores de qué parte el socialismo contemporáneo, peligros y errores á qué conviene atajar el paso para que no se prolongue la presente crisis social, ya que á los que solo saben vivir con apocamiento en el ánimo y alimentar su imaginacion con funestos presentimientos, hay que mostrarles las esperanzas de qué puede nutrirse el alma y los deberes que la época nos impone, pues que del Bien y de la Verdad ha de ser en definitiva el triunfo segun el plan divino, pero no todo por obra milagrosa de su Autor que nos ha dado inteli-

gencia para comprenderlo, sino merced al esfuerzo penoso, pero obligatorio para quien ha recibido de Dios grandes dones qué utilizar en las luchas que son nuestro destino durante la breve peregrinacion por la tierra.

No es hoy cuando por primera vez se ha comparado el socialismo moderno con el de otras edades; cuando se ha buscado la filiacion de las teorías socialistas de nuestros tiempos en las ensayadas ó proclamadas en siglos anteriores; cuando se ha intentado demostrar con el paralelo, sino su identidad completa, su perfecta semejanza. Algo indudablemente se descubre en el fondo de las meramente utópicas é idealistas que es comun á todas ellas; pero en cuanto á las demas, considero que si existe alguna afinidad entre unas y otras, las separan diferencias internas y externas que no permiten augurar por la suerte que las de anteriores épocas han tenido la que esté reservada á las de la época presente.

En lo pasado ha habido como hoy un socialismo histórico y un socialismo teórico; el que se ha realizado en el orden de los hechos, y el que se ha ceñido á la esposicion de nuevos sistemas societarios, pero ¡cuán distintos, segun los tiempos y lugares! Ha habido un socialismo legal, el de Creta y el de Esparta; un socialismo ascético, el de los Pitagóricos, el de los Essenienses, el de los Terapeutas; un socialismo herético, el de los Carpocráticos y el de los Hermanos Moravos; un socialismo revolucionario, el de los Anabaptistas en el siglo XVI, y á fines del pasado siglo el de la Conspiracion de Babeuf; un socialismo utópico, el de la *República* de Platon, el de la *Utopia* de Tomás Mórus, el de la *Ciudad del Sol* de

Campanella, el de la *Bética y Salento* de Fenelon; y un socialismo filosófico, el de Morelly, el de Mably, el de Brissot de Warville. Espiritualista y austero unas veces, sensualista, impúdico otras; ora idealista, ora pegado vergonzosamente á la tierra y atento solo á las necesidades más groseras de la vida, este es el socialismo antiguo. En el presente siglo es igualmente vário por sus formas, diverso por sus bases el socialismo; y ora aspira á ser una religion, un nuevo Cristianismo, conforme en el Sansimonismo se nos presenta; ora es antropológico como en Fourier, al apoyarse en el principio de la atraccion apasionada; allí entraña como en Owen la inmoral proclamacion de la irresponsabilidad humana; aquí, y en tiempos más cercanos á los nuestros, es filosófico en Leroux, político en Cabet, economista en Luis Blanch, anti-economista en Proudhon; toma un dia un problema económico por origen para transformarse despues en partido político, como en los cartistas de Inglaterra hace treinta años; desdeña otro dia toda alianza política para dar la preponderancia al elemento económico, como en la Internacional; y desenvuélvese en el Mormonismo con el doble carácter de una nueva Iglesia y de una sociedad civil basada en la poligamia.

Pero en lo pasado casi nunca han sido coetáneos el socialismo histórico y el socialismo teórico. Creta y Esparta han vivido bajo el régimen del comunismo ántes que Platon encareciese sus excelencias en el diálogo de la *República*. Las sectas socialistas de carácter ascético ó herético han vivido tambien en el comunismo, sin que en su mayor parte, á no ser por excepcion la de los Car-

pocráticos, hayan tenido Porfirios, Plotinos ú otros here-
siarcas que las hayan recomendado á título de ideal de
perfeccion. Los Anabaptistas han paseado la bandera de
la insurreccion por Alemania, por Suiza y por los Países
Bajos mucho ántes que Mórus y Campanella escribiesen
sus libros, á cuya publicacion no acompaña ni ha seguido
ningun ensayo societario. Y la conjuracion de los *Iguales*
aborta ántes de traducirse en hecho histórico el dogma
comunista de Babeuf. Hoy la teoría existe y se propaga
por diversos órganos, todos peligrosos, porque todos son
eficaces por sus medios de comunicacion: la enseñanza,
el periódico y el libro; y en pos de ella, y á veces al par
de ella, se realizan los ensayos, un dia en New-Lanarck
y otro en Menilmontant, más adelante en Icaria, y más
tarde en París al establecerse en 1848 los talleres nacio-
nales. Finalmente la teoría crea hoy la escuela, esta la
asociacion y á menudo el partido; y las masas seducidas
por el prestigio de su aparente bondad, la toman como
enseña de su bandera revolucionaria. He aquí la primera
diferencia, pero he aquí tambien su primer peligro.

El socialismo antiguo presenta á la vez una segunda
desemejanza con el moderno. Es más reducido en sus
bases, más limitado en sus elementos, más circunscrito
en sus negaciones. Generalmente no combate la Religion
y el Estado; la propiedad en primer término, y frecuente-
mente la familia son el objeto de sus negaciones, lo
propio en el órden de los hechos que en el de las doctri-
nas. Tomemos en el socialismo legal á Esparta por
ejemplo: el ideal de Licurgo es la superioridad de su
pueblo sobre los demás Estados de Grecia: por esto el

legislador de los Lacedemonios quiere hacer de ellos vigorosos guerreros y útiles ciudadanos. Platon en la antigüedad como Tomás Mórus en la edad moderna no solo describen su sistema conforme á su concepto del Estado, sino que le señalan por base la virtud, y como cimiento de ella la Religion. Los Carpocráticos y los Anabaptistas se entregan á las liviandades más repugnantes y á las violencias más feroces; pero su negacion teórica se limita á la de la propiedad individual y de la familia, de forma que si en la profesion de fé de Zélicona niegan los últimos que sea lícito á un buen cristiano ejercer la magistratura es porque proclaman que en una sociedad de verdaderos fieles no son necesarios los magistrados. Babeuf es quien, aunque no niegue la Religion ni la familia, no las menciona en su *Declaracion de los derechos*; pero aun en esto se encuentran en su *Carta de la Igualdad* diferencias en sus negaciones, pues al paso que no las extiende á los demas principios, proclama la de la propiedad sin ambages. Y Mably combate solo la legitimidad del derecho de propiedad, porque le atribuye el origen de todos los males sociales; pero coloca la política bajo la égida de la Religion, y se esfuerza por inculcar á todos los hombres que la Providencia gobierna el mundo, castiga el vicio y recompensa la virtud. Los socialistas modernos, por el contrario, ó son deistas ó ateos. Algunos proclaman un neo-Cristianismo, nueva heregía sin verdadera originalidad y casi sin prosélitos. No niegan todos la idea de la Patria; pero conciben de tal suerte el Estado, de tal forma lo organizan, que hipocritamente llegan casi todos

á lo que Proudhon ha proclamado, con su habitual audacia, el estado de anarquía. Si alguno parece que respeta la familia, como Fourier, la destruye á renglon seguido en su base admitiendo la poligamia y la poliandria. Si otros no lanzan desde el principio sus anatemas sobre ella, como Cabet, se ven como éste empujados poco despues por sus discípulos á declarar que su destruccion es cuestion de tiempo, bien que hoy sea peligroso proclamarla. Y todos, en una forma ó en otra, con envoltorio más ó ménos aparentemente científico, apoyan sus sistemas sobre la base de la negacion de la Propiedad individual. Esta semejanza revela un nuevo peligro que el socialismo contemporáneo entraña, porque, ¿qué ha de quedar á la moral de garantía, extinguida toda fé religiosa; al órden social de estabilidad, destruido ó anulado en su fuerza el Poder; á las costumbres de moralidad y de decoro, con la teoría, convertida en hecho, de la mujer libre; y á la propiedad de estímulo para que la fecunde el trabajo, si ha de ser comun su aprovechamiento? Y mientras estas doctrinas se proclaman, aunque no alcancen el triunfo, ¿como no han de debilitar las creencias religiosas, socavar el principio de Autoridad, profanar el pudor, que es el balsámico perfume del hogar de la familia, y hacer languidecer la afanosa actividad de cuantos libran su subsistencia en el trabajo?

Pero aún se distingue por otra diferencia el socialismo moderno del de otros dias. En la antigüedad pagana ó bien obedecia á una idea política como en Creta y Esparta, ó á un principio moral como en la República de Platon ó entre los Essenienses y los Terapeutas. En

la era cristiana, aunque desviado de la verdad del dogma evangélico, en él se encuentra su inspiración primitiva; y si en el socialismo de los Carpocráticos y de los Anabaptistas el divorcio entre la idea cristiana y la conducta de la secta es radical y profundo, de suerte que ambos forman nuevas sectas en la historia de la Iglesia; en los libros de Mórus, de Campanella y de Fenelon la inspiración de la idea cristiana es tan pura que se señala como regla social lo que solo como complemento de la perfección aconseja el Evangelio. En los socialistas del pasado siglo empieza la eliminación de todo elemento espiritualista en su sistema societario; y aunque los modernos comunmente pretenden que sus teorías son un progreso en el desenvolvimiento del Cristianismo; aunque las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, como ellos las proclaman, hácenlas derivar de la palabra divina, hay en el fondo de todos esos sistemas dos tendencias que son igualmente subversivas, porque emanan de dos principios que son tan falsos como corruptores: el panteísmo y el epicureísmo. Por esto los ensayos se han distinguido siempre por dos caracteres, y su fracaso ha sido siempre debido á dos causas: la licencia por la soberbia, y la corrupción por la sensualidad; y esta tercera diferencia es un tercer peligro, porque donde se estimulan los instintos rebeldes y sensuales del hombre, ni las leyes obtienen respeto, ni conservan moralidad las costumbres.

Y erran, pues, los que conceden al socialismo contemporáneo algún valor práctico, y aún más los que, por lo que tiene de utópico, le consideran inofensivo. En su

elemento crítico, único valor positivo que podría atribuírsele, los males han superado sin duda á los bienes. Para señalar las reformas de que son susceptibles las instituciones sociales no es necesario negar los tutelares principios que son como los ejes diamantinos sobre que las sociedades humanas descansan, la Religion, el Poder, la Familia, la Propiedad: su necesidad es una creencia moral, como su legitimidad es una creencia social; y los pueblos que deshojan el árbol de sus creencias, tarde ó temprano ven secarse el tronco que simboliza el elemento moral de su nacionalidad. Y aún bajo otro aspecto es peligrosa la crítica apasionada y violenta de la organizacion social existente. Nunca el bien presente es el que satisface al hombre, y siempre lo futuro, y aún lo desconocido, enciende y aviva sus apetitos, mantiene y acrece la insaciabilidad de sus deseos; y cuando al descontento cuyo gérmen llevamos todos, por ley de la naturaleza, en nuestro seno, se agrega el dolor de contemplar nuestros males reproducidos por un espejo que abulta; ¿como no sentir frialdad y desvío por las instituciones existentes, y no soñar con un ideal de seguro más perfecto que el que cabe realizar en la tierra? ¿como no convertir el desencanto en ódio, si los males, más inherentes á la condicion humana que á la organizacion social, arrecian por la influencia de las circunstancias, y no alimentar el espíritu de rebeldía y de desórden que puede hacernos volver á los tristes tiempos de la Jacquería y de los Anabaptistas?

Los peligros que el socialismo contemporáneo entraña, los juicios equivocados de que es objeto encuentran

su generacion en algunos fenómenos morales que agravan la crisis por que pasan las sociedades de nuestros dias. Permitidme indicarlos, siquiera sea con la brevedad que la angustia del tiempo me impone.

No vacilo en asegurarlo, porque no me arredran la sonrisa del incrédulo, ni el sarcasmo del impío: la decadencia de la fe religiosa es el primero y principal elemento de la crisis actual. El espíritu humano necesita la comunicacion con Dios, necesita meditar sobre la palabra divina: sin conocerla, sin comprenderla, sin seguirla, solo hay tinieblas en el entendimiento por alta que sea la inteligencia del hombre. En la oscura selva por donde caminamos en el curso de la vida, solo los rayos de la luz divina muestran las malezas que desgarran nuestras carnes y los abismos hácia donde nuestros inciertos pasos nos conducen; y, sin querer rebajar la razon humana, que obra del Supremo Hacedor es, y don que enaltece á la criatura hecha á su imágen y semejanza, el que no conoce aquella palabra ignora muchas cosas, y sobre todo las que más le interesan y con más empeño desea conocer. Problemas, y problemas cual ninguno graves y trascendentales, son el origen y el destino del hombre, el origen y el destino del Universo, el origen del bien y del mal y de su perpétuo combate, la necesidad como ley del mundo físico y el libre albedrío como ley del mundo moral; y ¿qué sabe de ellos el hombre, cuando solo á la razon, finita como él, le pide que aclare sus dudas? Conocemos los fenómenos de la existencia de los séres, los analizamos y distinguimos, y aún alcanzamos á descubrir pacientemente sus leyes; pero

¿qué sabemos, cuando á la razon preguntamos, al querer averiguar el origen de esas leyes y el de su Legislador? Por manera que se presenta tenaz en el entendimiento la duda sobre estos y otros problemas naturales; y solo conociendo á Dios y sus atributos, solo conociendo la relacion del Universo con su Causa inteligente é increada puede vencerla el espíritu humano. Pero no bastan los medios naturales para este conocimiento; es necesario acudir á los sobrenaturales; la razon, sin el auxilio de la Omnipotencia divina, no puede llegar á una afirmacion que la satisfaga cuando á sí misma se interroga sobre aquellos problemas. Por dicha suya, cuando á los medios sobrenaturales acude el hombre en su sediento afan de investigacion y de luz; cuando con su auxilio aparecen á su inteligencia vastos y ántes desconocidos horizontes; cuando enlaza la más alta de las afirmaciones á que su razon se ve conducida, la de que existe sobre el Universo un Principio inteligente y todopoderoso, con la afirmacion que más inmediatamente le interesa, la realidad de una vida futura, ¡cuán espontáneamente nace y cuán fuertemente se aviva la fe! ¡cuán fácilmente brota y cuán fuertemente se arraiga la paz en el alma! Porque, condicion de nuestra naturaleza moral el afan de conocer, y necesidad de ella el creer cuando el conocer no es posible, la fe, que empieza por ser compañera del sentimiento religioso para convertirse despues en su guía y apoyo, forma en nuestra vida moral el más importante de sus elementos, tanto más duradero y poderoso cuanto más perfecta es la nocion que de Dios y de la naturaleza tengamos en el espíritu.

Yo ya sé que hoy quiere sustituirse la razon á la fe, la ciencia á la Religion: ¡cuánto más sano no sería reconocer su concordia, conservando á cada una su gerarquía! Yo ya sé que hoy se intenta establecer la identidad de sustancia entre el Universo y su Causa, confundiendo lo inmutable é infinito con lo contingente y perecedero, lo cual conduce á la divinizacion de la naturaleza y á la adoracion de la materia, ó cuando ménos de la Humanidad, si se admite la superioridad orgánica de nuestra especie en el órden de los séres. Yo ya sé que hoy se proclama, aún por los que reconocen que son realidades distintas el mundo y su Autor, la posibilidad de una moral sin Dios, que es lo mismo que decir la posibilidad de leyes sin Legislador que las dicte y sin Autoridad que las mantenga. Yo ya sé que aún entre los que á tales afirmaciones no llegan, unos niegan á Dios la Providencia, y otros enseñan que el espíritu humano, como centella del espíritu divino, es bastante por sí solo, y sin que necesite ajeno auxilio, para la elaboracion de su fe religiosa: pero sé tambien que cuando se niega á Dios la Providencia se arranca del corazon del hombre la esperanza, y con ella, en la hora del dolor, la resignacion que consuela, para sustituirla con la desesperacion que aniquila; que el comun de las gentes, cuando pierden la fe, no adquieren como por ensalmo y quizás nunca, y en todo caso solo muy limitadamente, la ciencia; que la moral sin la sancion religiosa es dique que pronto cede si el desbordamiento de las pasiones lo empuja; y que, aún cuando pudiese existir en la tierra un sér capaz de conocer con las solas fuerzas de su entendimjento los secre-

tos de Dios y los misterios de la creacion, no por esto seria ménos verdadero que las muchedumbres necesitan en lo religioso como en lo político afirmaciones absolutas en qué apoyarse, no dudas que esclarecer con la inteligencia individual. Y sé tambien, Señores, y pocos serán los que no participen de mi convencimiento, que bajo la influencia de las erróneas doctrinas que acabo de indicar, la fe vacila cuando no desaparece, lo cual caracteriza en lo religioso el estado moral de las sociedades contemporáneas; y como el mal existe aunque en lucha con el bien, toda vez que no puede dejar de ser compañero del hombre en la tierra por más que los sistemas societarios nos alhaguen con las esperanzas de su desaparicion, es de ahí que aquel estado moral aumenta al socialismo contemporáneo sus adeptos, y á las eternas bases del órden social sus enemigos. Por esta razon he señalado la decadencia de la fe religiosa como una de las causas que mantienen la crisis actual; por esta razon, no ya el ateismo, sino aún la indiferencia religiosa, llevan solo dudas y vacilaciones al entendimiento cuando, al meditar sobre los problemas de la organizacion social, nada se acierta á ver en ella que no sea concepcion arbitraria de ese mismo entendimiento, nada que esté providencialmente identificado con la naturaleza del hombre y de la sociedad, con la relacion necesaria entre uno y otra, con el fin de la existencia de ambos y por tanto con el órden general del Universo, por Dios establecido desde el *Fiat* con que hizolo salir todo de la nada; y si por incredulidad de alguno debiese confirmar este concepto, bastaríame citar las siguientes palabras de un filósofo eminentemente racionalista, cuya

autoridad no puede ser ciertamente sospechosa á los pensadores de su escuela. «¿Cómo quereis que gentes que no saben cómo ni para qué fines existen en la tierra, sepan qué tienen qué hacer de la vida? Y ¿cómo los que no saben qué deben hacer de ella han de saber cómo deben constituir, organizar, arreglar la sociedad? Cuando se ignora el destino del hombre, el de la sociedad tambien se ignora; y cuando se ignora el destino de la sociedad, no se la puede organizar. La solucion del problema político (tómase aquí en su más lato sentido la palabra) es, pues, *una fe moral y religiosa.*» Esto escribía Jouffroy en 1834 cuando examinaba los caracteres del escepticismo de su época: esto puede repetirse aún en el dia de hoy con mayor y más desconsoladora exactitud.

Al lado del enflaquecimiento de la fe religiosa viene á favorecer las tendencias del socialismo contemporáneo el crecimiento del positivismo. Aunque pudiera limitarme á tomar aquí esta palabra en el sentido en que la han empleado Augusto Comte y su escuela, puesto que no han tenido sus doctrinas escasa parte en los progresos del socialismo contemporáneo, distingo ahora con aquel nombre lo mismo las escuelas que niegan los principios universales, necesarios, absolutos, única base de la Moral y del Derecho, que las que señalan el bienestar, aunque lo decoren á veces con el nombre de utilidad general, como principal sino exclusivo fin de las sociedades humanas. En este sentido lo mismo son positivistas Augusto Comte y sus discípulos, que los encomiadores de las teorías de Helvecio y de Bentham y los economistas de la escuela inglesa.

Pues bien : cuando se niegan los principios necesarios y universales se destruye la base de toda metafísica; y cuando así se procede, deben negarse, por ineludible consecuencia, las leyes morales. Estas leyes ó son absolutas, es decir, son el imperativo categórico de Kant, ó no existen: en otros términos, ó son un principio metafísico que se enlaza con el conocimiento de la voluntad divina, ó son arbitrarias y contingentes como nacidas de la voluntad humana; y porque es así, procede con rigurosa lógica Comte cuando declara incompatible su filosofía positiva con toda filosofía teológica ó metafísica. Pero cuando se niegan estos principios, es necesario seguir á Comte en la no ménos rigurosa lógica de sus deducciones, y no abandonarle, sin aceptar la nota de inconsecuencia, cuando reduce todos los objetos del saber humano á la materia, sus fuerzas y sus leyes; es necesario repetir con Littré que la ciencia está reducida al estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia y de las condiciones ó leyes que rijen sobre estas fuerzas; pero como, segun el fundador de la escuela, carece de sentido toda investigación sobre las causas, sean primeras ó finales, y, en punto á metodología, la nueva senda científica ha de consistir en elevar las ciencias sociales (las puramente morales no existen para la escuela) al rango de las ciencias físicas, forzoso es admitir que si aquellos y no otros son los dominios que puede recorrer el espíritu humano, si el indicado y no otro es el método para recorrerlos, el sensualismo, conforme Guizot lo ha hecho notar, ha de recobrar su autoridad como único origen de nuestros conocimientos.

Pero el sensualismo como origen de nuestras ideas conduce al epicureismo como objeto final de nuestra voluntad; y en este sentido el positivismo de Comte y de Littré se enlaza con el utilitarismo en sus diversas formas; de la propia manera que el utilitarismo, con el carácter de contingencia que es su base especial é ineludible, se enlaza con la filosofía positiva en su negacion de los principios universales y absolutos. Bentham moteja con los nombres de principios de ascetismo y de antipatía y simpatía el religioso y el de la ley natural, en lo cual está de acuerdo con Augusto Comte cuando afirma que la teología y la metafísica no pueden guiar las ciencias, ni ser guiadas por éstas. Y así como Malthus arroja de la sociedad al que no tiene cubierto en el festin de la vida, y otros economistas de su escuela no descubren el bien sino en la abundancia de la produccion y en la extension del consumo, cual si lo fuese todo la vida económica de las sociedades humanas; así como Bentham proclama que la virtud no es bien sino á causa de los placeres que de ella se derivan, ni el vicio mal sino por las penas que ocasiona, sean placeres ó penas de los sentidos, placeres ó penas del alma,—lo cual, si no es materialismo puro, es, como ántes he dicho, verdadero epicureismo,—Comte no ve en el género humano sino una materia y una fuerza; no acierta á concebir las leyes de la asociacion sino como una *fisiología* social; y por forzosa consecuencia, en sociología no sabe ver sino una satisfaccion de las aptitudes que constituyen la fuerza de la materia, representada en la historia, bajo este punto de vista, por

la propia especie humana dividida en sociedades.

Y esto, fuerza es reconocerlo, explica la influencia del positivismo en el socialismo contemporáneo. Si no hay principios universales y absolutos, no puede haber leyes naturales del orden social, y la organización de las sociedades, no solo en sus formas, sino en sus bases, puede de continuo alterarse según las concepciones más ó menos idealistas y arbitrarias de la inteligencia humana. Si la materia es lo único que existe,—y sabido es que la materia está dotada de sensibilidad en el hombre,—la organización social debe basarse en un solo principio: afectar agradablemente esta sensibilidad, alejar todo lo que desagradablemente la afecte. Y si lo primero produce el placer como causa de bienestar, y es esto lo que la materia, cuando sensible, apetece, toda organización social en que coinciden el bien y el mal, el placer y el dolor es viciosa, y un nuevo sistema social en que el mal no tenga cabida debe sustituir al existente. En buen hora que esto sea una perversión del sentido moral, el cual no rechaza por ilegítima la inclinación al bienestar, pero no la anteponer á todo, ni la iguala en valor al sacrificio que á menudo el deber exige; mas esto es á lo que el positivismo, en una y otra de sus formas, conduce, por lo cual he dicho que no es ajeno á su influencia el socialismo contemporáneo.

Entre las causas generadoras del fenómeno que vamos estudiando ocupa también un señaladísimo lugar el individualismo, pero no el histórico, ni el filosófico, sino el revolucionario. El sentimiento de la independencia personal, que Guizot señala como importado por los Ger-

manos para ser uno de los elementos de la civilización europea; el sentimiento de nuestra dignidad, nacido de la conciencia de lo que vale el hombre como hombre, y que, inoculado en ella por el Cristianismo, según acertadamente lo advierte Balmes, distingue con profunda línea divisoria las civilizaciones paganas de la civilización cristiana; ese individualismo que, por su origen y su influencia en el modo de ser de las sociedades modernas, puede llamarse histórico, es un elemento constitutivo de la organización social de los pueblos cristianos, no su enemigo. El individualismo que se funda en el principio de la actividad de nuestras facultades intelectuales y morales, y que por lo mismo reclama espacio y franquicias para su desenvolvimiento; el individualismo que reconoce que, finito el ser inteligente y libre, no puede su voluntad ser omnipotente, porque nada hay ilimitado en lo que por su condición natural es perecedero; el individualismo que establece que, sociable ese ser, debe estar sujeto á las leyes naturales que ha señalado Dios al orden social como á todos los seres y para todas las relaciones necesarias que entre ellos deben existir para la realización de su fin, que es lo que constituye la ley del orden en el Universo; el individualismo que proclama que, moral el hombre, el deber y el derecho no nacen de él, sino que tienen fuera de él su origen de vida y su fuente de autoridad; este individualismo, que es el filosófico, no contribuye tampoco á mantener la crisis actual, porque no es, no puede ser aliado del socialismo contemporáneo. El que en este socialismo influye es el individualismo que, arrancando del histórico y del filosó-

fico, se desvía de su origen, y se coloca en oposicion con la naturaleza humana; es el que se apoya en dos principios verdaderamente constitutivos de ella, la libertad y la igualdad, pero que proclama la libertad sin límites, la igualdad absoluta, á despecho de los límites y de las restricciones que levanta la propia naturaleza; es el que hace del individuo no solo un sér autónomo, sino un sér soberano. Este individualismo, bello en su exterior como lo era el ángel caído, lleva como él el sello de la rebeldía en la frente, tiene como él por perpetuo compañero el desórden, y está como él irremisiblemente condenado no á crear, sino á destruir.

Más de una vez se ha dicho, —y es oportuno en la ocasion presente repetirlo, —que todo error es una verdad exagerada ó una verdad incompleta, y esto se ve confirmado en el individualismo contemporáneo. Es la libertad el elemento constitutivo de nuestra personalidad, pero no su único elemento: no se distingue el hombre de los demas séres solo porque posee una voluntad libre, sino porque tiene la conciencia del deber y del carácter imperativo con qué éste se ostenta, á título de ley de nuestras acciones, para que sean justas. Son iguales, es verdad, todos los hombres; pero esta igualdad no traspasa los límites de la identidad de origen, de naturaleza y de destino: fuera de esto, la igualdad, hecho real bajo el punto de vista de las categorías, ó sea en cuanto se hace abstraccion de lo particular para no contemplar sino lo que constituye la especie, desaparece ante la desigualdad esencial en cada individuo de esa misma especie. El error de la teoría de la libertad absoluta proviene, pues,

de una verdad incompleta, en cuanto no se comprende que si la libertad existe es con el deber de realizar el bien, aspiración final de los seres que de razón están dotados; y el error de la teoría de la igualdad absoluta es una verdad exagerada, por traspasar los límites que circunscriben el principio de la identidad.

Del individualismo histórico y del filosófico, que bien pudieran apellidarse, confundidos en uno, individualismo cristiano, porque las sociedades paganas, antiguas y modernas, no los han conocido, nace la ley de las relaciones entre el individuo y el Estado, conforme con las bases fundamentales de la organización social existente: del individualismo revolucionario nacen los sistemas que en el orden moral proclaman el Estado ateo y la moral independiente; en el orden político anulan la Autoridad, y niegan la Patria; en el orden social prescinden del vínculo religioso, de la monogamia y de la indisolubilidad como elementos esenciales del matrimonio, y ensalzan á la mujer libre en la familia; y en el orden económico combaten la legitimidad de la propiedad individual en todas sus formas, singularmente la del capital y de la tierra. (1)

No sé, Señores, si es preocupación de mi entendimiento; pero de la misma manera que es vivísima en mí la fe en la legítima influencia del individualismo cristiano para el desenvolvimiento de la civilización de los pueblos, es antiguo y persistente en mí el temor que ese

(1) El individualismo filosófico rechaza el comunismo; pero el individualismo revolucionario, exagerando el principio de igualdad, conduce inevitablemente á él.

otro individualismo bastardo me inspira. Vive el hombre en el seno de la sociedad; pero la sociedad no debe absorberle. Coexisten el individuo y el Estado, porque el hombre y la sociedad son inseparables; pero la libertad es la ley del hombre como el orden lo es de la asociación. Representación de la Autoridad el Estado, es el hombre un ser sometido á la ley; pero la propia naturaleza del Estado, cuyo fin es armónico con el del hombre, señala los límites racionales de su acción, que son más ó menos extensos según el período de civilización que han alcanzado los pueblos. Tienen las sociedades humanas leyes eternas é inmutables que forman el orden natural de ellas, y se atemperan en su organización á los elementos constitutivos de la nacionalidad de cada una; pero no son esas leyes y esos elementos sino apartadas fronteras que rodean el anchuroso espacio en que puede desenvolverse la actividad del hombre como ser moral y perfectible. Esto es lo que la razón enseña y lo que confirma la historia; y dentro de tales condiciones es imposible no reconocer la legitimidad del individualismo y su influencia eficaz y provechosa en la civilización de las sociedades. Pero el individualismo que hace al hombre superior al Estado, y subordina la ley de la asociación á la ley del individuo; que pone la base del Poder y la legitimidad del Derecho en la voluntad del ser que, aunque inteligente y libre, es también sensible, y por consiguiente se halla dominado con frecuencia por sus pasiones en tumulto; que desconoce el elemento moral de las jerarquías sociales, degradando al hombre en el hecho de no estimarle sino como individualidad, como guarismo;

el individualismo que con Hobbes nos conduce á la legitimidad del despotismo y con Rousseau á la legitimidad de la Convencion, y que ha escrito en la historia de la nacion vecina, su gran teatro, 1793 y 1871 como fechas de recuerdo imperecedero; el individualismo que ha inspirado hace más de medio siglo á un apóstol de la libertad constitucional, al ilustre Benjamin Constant, la siguiente observacion tan profunda en su concepto como elocuentemente espresada: «donde solo hay individuos »no hay más que polvo, y cuando vienen las tempestades »el polvo se convierte en cieno;» me produce miedo en el corazon y repugnancia en la inteligencia, porque entiendo que si triunfase con el socialismo contemporáneo del cual es propulsor, aún que le parezca antitética la palabra, haria retroceder las sociedades modernas en el camino de la civilizacion.

¿Y no creéis, Señores, que á los progresos del socialismo contemporáneo ha contribuido tambien la teoría de la perfectibilidad indefinida que, á fines del pasado siglo, arrojó al mundo Condorcet desde su retiro de proscrito, huyendo las iras de los Jacobinos? Haya ó no tenido precursores en esta idea el autor del *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, bien que nunca con el desenvolvimiento que él le ha dado, es indudable que la doctrina de la perfectibilidad ilimitada del hombre considerado en la especie y en el individuo, doctrina con la cual aspiraba aquel escritor ilustre, segun uno de sus biógrafos, á reemplazar las ideas y sentimientos religiosos, ha sido y es la creencia filosófica de ciertas escuelas contemporáneas, y ha en-

cendido en las imaginaciones el afan de sorprender los secretos del porvenir, en el que se esconde un ideal de perfeccion, no ménos real por ser indeterminado. No todos los que pregonan lo indefinido del progreso conocen el desenvolvimiento que ha dado Condorcet á su teoría; y muchos, á conocerlo, no acompañarian al filósofo en sus aspiraciones y en su fe; pero cuando se lee el resúmen de los progresos del espíritu humano que en su libro se anuncian: la destruccion de la desigualdad entre las naciones, el progreso de la igualdad en cada pueblo, y el perfeccionamiento real del hombre; se encuentran en esas esperanzas, quiméricas en cuanto traspasan todo límite racional, los gérmenes de las teorías socialistas que en nuestro siglo comienzan en Saint Simon y en Owen, y terminan hoy por hoy en Cárlos Marx y en Lassalle.

No es mi intento discutir esta teoría, ni señalar lo que tenga de legítima en su origen y de irrealizable en sus aplicaciones, ni hacer mi profesion de fe respecto de ella: ¿quién no admira, entre las maravillas de la creacion, la obra de Dios en el hombre? ¿Quién no comprende que, perfectibles todas nuestras facultades por don divino, á su perfeccionamiento sucesivo, aunque desconocido en sus límites para mayor estímulo de nuestros afanes, están destinados el individuo y la sociedad? La naturaleza no ha hecho nada en vano, ha dicho Aristóteles repetidas veces; y de este principio de las causas finales puede y debe colegirse la perfectibilidad del hombre que, ántes que Condorcet, ha enseñado la Iglesia. Pero ni la Iglesia ni la razon pueden seguir al filósofo francés

cuando, apellidándola indefinida, la lleva hasta un punto en que es quimera y utopia. Ignoro si Condorcet, como uno de sus admiradores lo supone, se dejó arrebatarse por el calor de la expresion; pero cuando le veo hablar de la prolongacion indefinida de la vida humana y del perfeccionamiento indefinido de nuestras facultades, es para mí indudable que, sin advertirlo ó de intento, equipara al sér finito con el Sér Infinito, á la criatura con su Criador, al hombre con Dios; porque ¿qué es sino un Dios un sér con vida indefinida? ¿Qué diferencia habrá entre el Criador y la criatura cuando ésta haya alcanzado el complemento de la perfeccion de todas sus facultades? Así que, aún cuando se reconozca que es un sér perfectible el hombre, y que es real la tendencia de las sociedades al progreso, debe convenirse en que es filosóficamente absurda y religiosamente impía la teoría de Condorcet; y sobre todo debe admitirse que su doctrina, segun lo hace observar Paul Janet, no se presenta puramente en nuestro siglo como una teoría especulativa, sino que ha tomado la forma de una pasion, de una creencia, de una Religion. Con benevolencia extrema la juzga ese filósofo, jefe hoy dia de la escuela espiritualista en Francia; pero así y todo, se ha visto obligado á confesar que la misma entra por mucho en la fiebre revolucionaria que se ha apoderado de nuestro siglo; y pues que añade que, si es un bien creer en el progreso, porque nos estimula á buscar lo mejor, es de lamentar que el genio de la utopia, no viendo sino el mal presente, se complazca en amontonar ruinas sobre ruinas, y se transforme al fin en fiebre de destruccion incurable, lícito me ha de ser repetir con la

autoridad de su nombre, que esta teoría, no solo ha contribuido á los engendros del socialismo contemporáneo, sino que por sí sola mantiene y aún fomenta la dolorosa crisis social por qué pasa nuestro siglo.

Quisiera no haber sido prolijo al intentar describir esta crisis en su origen y sus caractéres; al señalar en el socialismo contemporáneo, causa y alimento de ella, sus peligros y sus errores: pero, si así fuere, me disculparia, al solicitar de nuevo vuestra indulgencia que necesito aún por algunos instantes, con la magnitud del asunto, manantial fecundo de otras reflexiones que la brevedad del tiempo me ha obligado á omitir. No puedo, sin embargo, prescindir de todas las que á mi imaginacion acuden. Al fijar la atencion en que al camino andado me he visto conducido para darme una esplicacion de la actual situacion moral y social de los pueblos europeos, de sus dolores é inquietudes, de sus perturbaciones y conflictos; al observar cuán general es la alarma, cuán grande la tristeza, cuán profundo el desaliento, me he preguntado más de una vez: ¿ha muerto por ventura la esperanza?

Comprendo, Señores, la alarma en presencia de las muchedumbres vertiginosamente desaladas tras la ilusion, tan seductora como engañosa, de lo que se apellida la redencion social, que nunca podrá ser la estirpacion de los males que al hombre asedian, por ley de su naturaleza, en su tránsito por la tierra. Comprendo la tristeza que se apodera del ánimo al contemplar los intereses permanentes de la sociedad en peligro, la tradicion de las edades en descrédito, las instituciones venerables por su antigüedad amenazadas de ruina. Comprendo

do el dolor con que se asiste á una crisis en que los pueblos ó se transformarán recobrando su energía viril, si logran resolver con acierto los problemas morales y sociales que la sostienen, ó desandarán el camino de la civilización hasta ahora recorrido si se extravían por desconocidas y peligrosas veredas. Pero, si todo esto es lícito,—y no hay ánimo en que no se hayan aposentado en el día la zozobra y la tristeza,—no lo es abandonarse al desfallecimiento ántes de sucumbir á las fatigas de la lucha. Para sostenerla nos quedan todavía fuerzas; mas para conservarlas y ponerlas en ejercicio es necesario no dejarse vencer por los pensamientos que entristecen, ni por los temores que acobardan, sino fijarse en los sentimientos que consuelan y en los deberes que vigorizan.

Pues bien, Señores; lo que está amenazado por el socialismo contemporáneo es el orden social en sus principios fundamentales, y la necesidad más alta de los momentos presentes es acudir á su defensa. ¿Cómo? La Religión, la Autoridad, la Familia y la Propiedad, hoy combatidas, son á un tiempo una creencia, un sentimiento y una institución. Como creencia constituyen la fe del alma; como sentimiento son el impulso moral de nuestras acciones, los focos que dan vida y calor á nuestras costumbres; como institución sostienen á manera de sillares graníticos el edificio social. En cuanto son creencia forman el patrimonio moral de las generaciones, á las que dan la unidad que presentan en su encadenamiento histórico; en cuanto son sentimiento crean y empujan la fuerza de expansión que dirige el concertado movimiento de las sociedades dotadas de vigorosa

vida; en cuanto son institucion sirven de cimientos firmísimos para el sostenimiento de la sociedad, áun cuando en lo que algunas tienen de mudable en su estructura reciban las modificaciones que, sin alterar su esencia, importa como necesarias el espíritu de los tiempos. Por dicha, en pocos han muerto, y no en muchos más se han debilitado estas creencias; en muchos tambien se hallan más bien dormidos que extinguidos estos sentimientos; y que no ha desaparecido por completo la adhesion á esas instituciones, lo revela en el dia del peligro la sociedad con sus estremecimientos. Hé aquí las esperanzas que nos restan para vencer el desaliento, y despertar la energía para la lucha.

Pero es ademas necesario combatir, y combatir en el terreno moral, en el terreno intelectual y en el terreno social: este combate es nuestro deber. El socialismo contemporáneo es en el fondo un sistema de negaciones. No le ofendo al asegurarlo. Contradictorio, cuando no vago en su plan societario para las generaciones venideras, solo presenta unidad cuando niega la legitimidad de los elementos constitutivos de la organizacion secular de las sociedades humanas. A sus negaciones, por lo mismo, conviene oponer afirmaciones; á sus protestas contra la legitimidad de la Religion, del Poder, de la Familia y de la Propiedad, conviene oponer la afirmacion de que son de divino origen las leyes fundamentales del orden social. La negacion, ha dicho Donoso Cortés, es el más estéril de los pensamientos humanos; pero lo es para el bien, no para el mal, y para conjurar el mal solo hay el remedio que propone Balmes, ahogarlo con la abundan-

cia del bien. Esto puede conseguirse teniendo el valor de las grandes y saludables afirmaciones, avivando la constancia de los actos levantados y justos, lo cual es el más imperioso y á la vez el más fácil de nuestros deberes. No lo dudeis, Señores; afirmar la necesidad de la division de la especie humana en agrupaciones localizadas en el espacio y perpetuándose con espíritu propio en el tiempo; proclamar la moralidad como el más fuerte vínculo de las relaciones sociales y el Cristianismo como sancion augusta y única base segura de esta moralidad; establecer la indisoluble relacion entre la sociedad y el hombre, ya que solo el estado social es para éste el de su naturaleza; demostrar que no hay sociedad sin agregacion y sin territorio, sin organizacion fundada en leyes naturales y sin Poder que la gobierne y represente; señalar á la Autoridad en su legitimidad y en sus atributos, en sus prerogativas y en sus funciones esenciales, el mismo divino origen que al hombre y á la sociedad, y sobre todo que á aquella *non nata lex*, la Justicia, que es la fuente y tipo de todas las leyes humanas, y de la cual debe la Autoridad ser personificacion en la tierra; enseñar con Aristóteles que el hombre y la mujer, elementos ambos de la familia, deben reunirse en semejante estado como ley de la conservacion y de la educacion de la especie, ya que la familia, no el individuo, es el primer elemento constitutivo de la asociacion política; mostrar el fundamento legítimo de la propiedad y la razon de que sea perpetua en su duracion y personal en sus atributos; justificar la existencia de las grandes instituciones que el socialismo contemporáneo niega, convenciendo

de la conformidad de sus elementos especiales con la naturaleza del sér humano, constitutivamente moral, social, finito y perfectible; sustentar estas afirmaciones como doctrina religiosa, como doctrina filosófica, y como doctrina jurídica, y en este triple concepto propagarlas y defenderlas; convertir por último estas doctrinas ora en bandera para el día del combate, ora en dogma para enseñanza de los que de verdad tienen hambre, y siempre en regla para los actos todos de la vida; hé aquí el primer elemento de fuerza para la lucha con el socialismo contemporáneo, y el primer deber de los que, ante la inminencia del peligro, no quieren ser aliados de él por la inercia, ni cómplices de él por el escepticismo.

¡Y las costumbres! Traducción son de los sentimientos: pero ¿cuál es su estado? Lloramos porque están corrompidas, ¡y ni un solo esfuerzo para regenerarlas! Con eterno gemido lamentamos la frecuencia de las alteraciones sociales, y todos estamos viciados con hábitos de indisciplina, sin intentar apartarnos de ellos. Nos asusta la indiferencia religiosa, más general que la impiedad, y somos tibios en la fe, indiferentes al simbolismo de las ceremonias del culto. Más cómodo creer que obrar, más fácil conservar una idea que acomodar á una regla nuestras acciones, ¡cuántos son los que no dudan de la verdad de los grandes principios morales y sociales, pero caen frecuentemente en la licencia como hombres y como ciudadanos! No obstante, el mejoramiento de las costumbres, que es un deber, conduce á la perfección de los sentimientos sociales; y ¿cómo dudar que unidas con ellas las creencias, que son á su vez apoyo y dirección

de los afectos del alma, es su alianza la fuerza de acción más irresistible en la lucha con el socialismo contemporáneo? Vivir para el bien es la más noble aspiración del espíritu humano, aún prescindiendo de que es el primero de nuestros deberes; y vivir para el bien es una fuerza para quien siempre ha permanecido á esta ley sujeto, una rehabilitación para quien ha dejado enflaquecida su voluntad, teniéndola con esa aspiración en divorcio, un ejemplo con poder de atracción incontrastable para vencer en la lucha contra los que niegan la verdad religiosa y la verdad política, la verdad social y la verdad económica. En esas verdades se resume la idea del bien, y con ellas se desenvuelve en las diversas condiciones de la vida: cuando penetra en las costumbres avívase la fe, robustécese la Autoridad, se moraliza la familia, y la propiedad, robusta en sus raíces, multiplica sus beneficios.

Pero nos resta una tercera fuerza: la que las instituciones sociales entrañan y de la que en este momento no puedo hacer más que ligeras indicaciones, ya que el esplanarlas excedería los naturales límites de un discurso, ó mas bien demandaría otro de proporciones no exiguas. En el complicado mecanismo de las sociedades humanas hay instituciones fundamentales é instituciones secundarias. Forma las primeras la constitución *esencial* de los Estados, agrúpanse á su alrededor las segundas para aliento y amparo de la actividad social; viven aquellas en todos tiempos y en todos los lugares, preséntanse las últimas, aunque útiles por su influjo y estensas en su acción, ménos generales y permanentes en su

existencia; pero son todas la espresion histórica del desenvolvimiento de la civilizacion en cada pueblo. No viven, sin embargo, inmóviles al través de los siglos. Perpetúanse las fundamentales, sin padecer alteraciones en lo que constituye su principio orgánico, y son diversas hasta el infinito las secundarias en sus más importantes caracteres; pero unas y otras, aunque en proporcion distinta, tienen mucho de contingente y de transitorio, porque en todas puede distinguirse, aparte de lo que constituye su naturaleza, lo que es exclusivamente propio de cada pueblo, y lo que nace y desaparece bajo el influjo de las circunstancias. Por fortuna, lo que hay de contingente en todas ellas es por su índole perfectible; de forma que, aun en las fundamentales, el tipo eterno que, impreso por Dios, ni lo cambian los tiempos, ni las civilizaciones lo destruyen, es conciliable, merced á la variedad de sus formas, á la flexibilidad de su organismo, con todos los tiempos y todas las civilizaciones.

Ahora bien: cuando los siglos á su paso introducen nuevas necesidades, crean nuevos intereses, alteran las condiciones de su modo de ser en las generaciones, sueña la hora de las reformas en las instituciones sociales, no para destruir, sino para modificar las fundamentales en lo que como contingente es mudable, y para sustituir por otras las secundarias, ó para admitir á su lado, compartiendo con ellas su influencia, otras de la misma naturaleza. En tales dias,—y de esta índole son, á no dudarlo, los presentes,—acomodar por medio de la reforma las instituciones existentes que de ella son susceptibles y la reclaman, á las verdaderas necesidades

sociales de la época; crear nuevas instituciones que vengán á satisfacer esas necesidades, y á dar amparo legal y franco espacio á los intereses legítimos que las mismas hayan engendrado, es el deber de los que no fian en la destruccion el progreso, pero que tampoco fundan el espíritu de conservacion en la inmovilidad. Lo dije en otra ocasion, y no considero ocioso repetirlo: el espíritu de conservacion no es más, bajo este punto de vista, que la espectacion ante la accion del tiempo; solo con él las innovaciones son fecundas, las reformas duraderas. Pero contrarían el movimiento espontáneo de las sociedades humanas, y comprometen sus mas caros y vitales intereses, las obstinadas resistencias á toda reforma, de la propia manera que le desvían de su direccion natural los que fuera de sazon las acometen, ó sin el concurso de circunstancias favorables las realizan. La transformacion social es el espectáculo constante de la historia; y llegar á ella, no violentamente, sino con la accion lenta pero incesante de los siglos, es la tarea gloriosa de los pueblos dotados de virtudes viriles. Por esto hacer las reformas cuando el tiempo las reclama es quitarlas á las revoluciones como bandera; de lo cual se colige que plantear hoy las que, de valor verdaderamente práctico, pueden conducir á la satisfaccion de legítimas y bien caracterizadas necesidades sociales, es al mismo tiempo que un deber, una fuerza de resistencia contra el socialismo contemporáneo.

Lo que conviene hoy como en todos tiempos es no desnaturalizar con una obra bastarda una empresa que se recomienda por la alteza de su fin y lo fecundo

de sus resultados; y ¿cuáles han de ser el objeto, la dirección, el carácter de las reformas sociales? No existe el individuo para la sociedad, sino la sociedad para el individuo; pero son tan de necesidad coexistentes uno y otra que á ambos han de trascender las reformas, aunque en último término ceda en bien del individuo la influencia saludable de todas ellas. Su objeto, hoy como en lo pasado y como en lo venidero, ha de ser el mejoramiento del individuo y de la sociedad bajo todos sus aspectos: el físico, el económico, el intelectual, el político, el moral y el religioso; su dirección, armonizar el desenvolvimiento de las facultades activas del individuo con la acción de las fuerzas vitales de la sociedad, pero no de un modo parcial, sino completo, para mantener la unidad de nuestra naturaleza, y conservar entre aquellos diversos aspectos su gerarquía cual corresponde al sér en quien alienta un espíritu inmortal; su carácter, la conformidad de aquel múltiple desenvolvimiento con las legítimas condiciones de la civilización moderna.

Y esta civilización como hecho histórico es la cristiana, porque es hija del Evangelio. La Cruz separa los pueblos paganos de los que se inclinan ante el sagrado leño; y la doctrina de Aquel que quiso morir en ella para nuestra redención distingue la civilización antigua de la civilización moderna. Lo mismo en el sosegado hogar en que se desarrolla la vida de familia, que en la agitada arena en que se lucha por la influencia en la acción del Estado; lo propio en las relaciones del hombre con su semejante, que en el contacto del sér inteligente y libre con la naturaleza no libre que le rodea; de igual

manera en el desenvolvimiento de nuestro sér ó en la manifestacion esterna de nuestras necesidades, que en la actividad interna de la conciencia y del sentimiento el tipo de la perfeccion, el ideal constante del individuo y de la sociedad se encuentran en el Cristianismo con las doctrinas que enseña hace más de diez y ocho siglos. De suerte que si me viese obligado á caracterizar la civilizacion moderna, para caracterizar á su vez las reformas sociales que la época presente necesita, diria que es el desenvolvimiento del hombre y de la sociedad bajo todos los aspectos de la vida, en conformidad á la ley moral considerada desde el punto de vista cristiano. Harto se me alcanza que esto conduce á repudiar algunas de las mal llamadas condiciones de la civilizacion moderna, á atribuir á esta civilizacion un lejano abolengo que ciertas escuelas rechazan: pero no es culpa mia que sea esta la verdad histórica, única que con mis creencias morales y mis convicciones científicas acierta mi razon á proclamar. El ideal de los pueblos modernos no es, no puede ser otro que vivir y desenvolverse en conformidad á la ley moral cristiana en todas las esferas en qué puede espaciarse la actividad del hombre como sér individual y social; y la civilizacion moderna no puede conservar su carácter histórico, su tipo peculiar y genuino, sino desarrollándose en condiciones que no repugnen al principio generador de ella.

Con esto queda diseñada la tendencia propia de las reformas sociales que como tercera de las grandes fuerzas ántes enunciadas tenemos el deber de emplear para combatir el socialismo contemporáneo. ¡Ay de nosotros

si, pusilánimes, no nos apresuramos á utilizar estas fuerzas, ó, indiferentes, no cumplimos nuestros deberes! Tiempos como los presentes no son muy comunes en los anales del mundo; y momentos llegan, en ocasiones á ellos semejantes, en que solo queda el acento de la desesperacion para pronunciar tristemente un *ya es tarde*. Mas aunque así no sea; aunque tengan solucion afortunada los graves y trascendentales problemas que, iniciados unos, planteados de nuevo otros por el socialismo contemporáneo, mantienen la presente crisis moral y social: ¡cuán fácil es que esta solucion no se obtenga sin dejar abundantes regueros de sangre é inmensos montones de ruinas! Y ¿entonces? ¡oh! entonces la historia será severa para con los que ilusos hayan alimentado los errores, ó escépticos hayan dejado crecer los peligros; pero en presencia del edificio social, quebrantado en sus cimientos ó maltratado en su estructura, á los que, cómplices morales, no hayan tenido durante la defensa sino tristeza y desaliento en el alma, y hayan hecho abdicacion vergonzosa de la energía que el deber imprime, les repetirá con el poeta, no para su consuelo, sino como reconvencion amarga:

Gemid, hermanos,

Todos en él pusisteis vuestras manos.

Y esta reconvencion, que será el implacable juicio de la historia, nos la hará á cuantos seamos merecedores de ella, allá en lo más recóndito del alma la voz de la conciencia, y en la patria de los eternos destinos la inexorable justicia de Dios. Mas si para evitarla recordamos hoy y siempre que no somos inteligentes y libres

sino para vivir en la noble servidumbre del deber, y que el norte de la existencia humana se resume en aquellas hermosas palabras de Kant, cuando creyendo ser filósofo hablaba en él el cristiano: *el cielo estrellado sobre la cabeza y la ley moral en el corazón*; si nos adherimos con ardiente fe á las eternas leyes del orden social, que son los grandes y legítimos intereses morales, políticos y económicos de las sociedades humanas; si con incansable perseverancia nos consagramos al perfeccionamiento del hombre y al mejoramiento de las instituciones sociales, para asentar la felicidad del individuo y la grandeza de los pueblos sobre sus únicas firmes bases, la moralidad y el bienestar; entónces cuando rujan los vendabales tendremos una columna firmísima en qué apoyarnos, y si su violento ímpetu nos arrastra no moriremos sin esperanza: los que se salven y los que sucumban vivirán en la historia, que ha de reservar una de sus páginas de oro para los que en los tristes días presentes hayan defendido el orden social peleando con esta divisa: *conservacion de la sociedad en sus intereses esenciales; progreso de la sociedad segun las legítimas condiciones de la civilizacion moderna.*

HE DICHO.

JUNTA DIRECTIVA.

PRESIDENTE.

D. MANUEL DURAN Y BAS.

VICE-PRESIDENTE.

D. MELCHOR FERRER.

Secretario general. . . D. CAYETANO VIDAL Y VALENCIANO.
Vice-secretario.. . . D. CAYETANO CARRERAS Y ARAGÓ.
Bibliotecario.. . . D. JOSÉ DOMENECH Y COLL.
Contador. D. FRANCISCO LLAUSÁS.
Tesorero. D. TIMOTEO CAPELLA.
Conservador.. . . . D. MODESTO FOSAS.

VOCALES SIN CARGO.

D. JUAN MAGAZ.—D. JOSÉ DE LETAMENDI.

D. JOAQUIN CADAVALCH.—D. RAMON DE MARTÍ.—D. JOSÉ FERRER
Y VIDAL.—D. JOSÉ ANTONIO SALOM.—D. ANTONIO FARGAS.

MINISTERIO
DE CULTURA





MINISTERIO
DE CULTURA